

J. Krishnamurti

EL REINO DE LA FELICIDAD

Editorial Sirio, s.a. - Málaga

Libro publicado con subvención de la Junta de Andalucía

Nuestro agradecimiento a D. Roberto Pla Sales, quien generosamente facilitó un ejemplar de *El Reino de la Felicidad* para que sirviera de base a la presente edición.

Los editores

© EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/. Panaderos, 9
29005 MALAGA

ISBN: 84-7808-144-5
Depósito legal: B. 17.320 - 1992
Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1- 08786 Capellades (Barcelona)

PREFACIO

Se me instó a que escribiera un prefacio de las siguientes páginas. Francamente no lo necesitaban, aunque tal vez convenga explicar el motivo de su publicación. Son conversaciones sostenidas con algunos de mis amigos en el castillo de Eerde, en Ommen (Holanda).

El castillo es de estilo arquitectónico usado en las primeras edificaciones de principios del siglo XVIII y se le considera como uno de los más hermosos ejemplares de aquel período. Seguramente es uno de los más bellos lugares que conozco. Todo lo del castillo pertenece a dicho período y está en perfecta condición. Hay admirables tapices Gobelinos que dan un ambiente de antigua dignidad y belleza.

Corpulentos árboles dos o tres veces centenarios, rodean el castillo; sus potentes copas desaparecen en las nubes, y se escuchan allí extraños murmullos.

El lugar está henchido de encanto y dicha, y mis conversaciones versaron naturalmente sobre este eterno tema.

J. KRISHNAMURTI

Nota

Puedo añadir a lo precedente que las descritas condiciones eran posiblemente las más favorables para que se manifestara la influencia del Instructor del Mundo. Krishnaji estaba rodeado de un pequeño grupo de fervorosos estudiantes, creyentes en su inspiración y que gozosamente acogían la presencia del Señor. Los lectores reconocerán la profunda sabiduría, la sorprendente originalidad y la exquisita dicción de este admirable libro. Los prudentes lo estimarán; los que no lo sean harán lo que les parezca.

ANNIE BESANT

I LA VOZ DE LA INTUICIÓN

Deseo, en cuanto se me alcance, exponeros ciertas ideas que debéis estudiar y que os darían un definido e inteligible concepto de la verdadera vida espiritual. Me parece que todos vosotros entendéis que para crear, como habéis de crear si queréis vivir, se necesita lucha y descontento; y para convertirlos en fruición, debéis cultivar vuestro propio punto de vista, vuestras propias tendencias, vuestras propias capacidades, y por esto deseo despertar en cada uno de vosotros, aquella Voz, aquel Tirano, el único guía capaz de ayudaros a crear. La mayor parte de vosotros prefiere, por ser más fácil camino, copiar. A la mayoría de vosotros, les gusta imitar. Para muchos de vosotros es mucho más cómodo no cultivar vuestras propias tendencias, vuestras propias cualidades, vuestra propia naturaleza, sino más bien imitar ciegamente. Y creo que convendréis conmigo en que esto es fatal para el desenvolvimiento de la Voz. La más noble guía de cada uno de vosotros es esta Voz, este Tirano, esta Intuición; y cultivándola, ennobleciéndola y perfeccionándola llegaremos a la meta; nuestra propia meta.

Cultivando esta voz hasta que llegue a ser el único Tirano, la única Voz a que obedezcamos, debemos descubrir nuestra meta y trabajar incesantemente para alcanzarla. Ahora bien, ¿qué meta es esta? Para mí, consiste en conocer la Verdad final. Anhele llegar a un estado en que por mí mismo conozca lo que he conseguido, que yo soy la personificación de dicha Verdad. Y al lograr esta Verdad, logro al propio tiempo mi anhelo: la paz, la perfecta tranquilidad de mente y emociones. Tal es la meta para mí. Ante todo lo esencial es fortalecer en cada uno de vosotros esta Voz que se asevera por sí misma de cuando en cuando. Y cultivar y ennoblecer la Intuición; debemos aprender a pensar y obrar por nosotros mismos. El cultivo de esta Voz de la intuición requiere una conducta acorde con sus dictados.

La imitación nada tiene que ver con la belleza. El Arte no consiste en copiar la Naturaleza tal como es, sino en la dignidad del símbolo que la representa. Así, cada uno de nosotros ha de ser un artista; un artista que cree por sí mismo porque le ha conmovido un vislumbre de la Visión. Observaréis que los verdaderos e insignes artistas, los genuinos y eximios instructores no tienen el sentimiento de la exclusividad, sino que encarnan todas las cosas, son parte de todas las cosas. Debemos tener varios aspectos a fin de producir lo perfecto. Un jardín lleno de rosas,

podrá haber en él las más perfectas rosas de toda variedad y color, pero si todo son rosas, carecerá de belleza el jardín.

Todos propendemos a ser como los demás. Deseamos acomodarnos a determinado tipo y adaptarnos a moldes que no son de nuestra hechura. Esto es fatal para el desenvolvimiento de la perfecta intuición. Sin embargo, no debemos olvidar que todos nos encontraremos en el Reino de la Felicidad.

Por nuestro nacionalismo o nuestra modalidad de culto religioso propendemos a pensar que somos diferentes de otras personas; tratamos al mundo como si estuviese independiente de nosotros y llegamos a ser exclusivos en nuestras perspectivas. Destruiremos en vez de crear si tenemos tan limitada visión y tan restringidas ideas. Yo deseo, en cuanto se me alcance, despertar en cada uno de vosotros esta Voz, que os guiara por el camino que queráis seguir, que es vuestra propia vida, el sendero por vosotros mismos trazado. Y mientras obedecáis a esta Voz, a esta Intuición, no podréis errar; pero erraréis si tratáis de obedecer y seguir las órdenes, las ideas, las visiones de los demás.

Yo puedo exponeros mi ideal de Verdad, de perfecta paz y amorosa ternura, pero debéis esforzaros en alcanzarlo por vosotros mismos. Yo puedo exponer los principios de Verdad, pero vosotros, por medio de vuestra propia Voz y obedientes a esta Voz, debéis desenvolver vuestra propia Intuición, vuestras propias ideas, y así alcanzaréis la meta donde todos nos hemos de encontrar.

Esto es para mí lo más importante de la vida. Yo no quiero obedecer a nadie, sea quien sea, mientras no esté yo convencido de que tiene razón. No quiero ocultarme tras la pantalla que vela la Verdad. No quiero tener creencias a las cuales no pueda responder ni darles mi alma, mi corazón y todo mi ser. En vez de ser vulgares y mediocres, debéis escuchar esta Voz, cultivar esta Intuición, y descubrir así nuevas sendas de vida, en vez de ir a la aventura por ajenos senderos.

Según ya dije, para realizar este ideal debéis desenvolver vuestra Intuición, esencial es la perfecta armonía de emociones y de mente para que se manifieste la Intuición, la Voz de vuestro verdadero ser.

La Intuición es el susurro del alma. Es Intuición la palabra guiadora de vuestra vida. Cuanto más armonicemos por el perfeccionamiento y la purificación nuestras intensas emociones y agudos pensamientos, más aptos seremos para oír esta Voz, la Intuición, que es común a todos, la Intuición, que pertenece colectivamente a la humanidad y no a un particular individuo. Debéis tener vivos sentimientos de amor, de intensa dicha o de sincera bondad. Quien carece de emociones no sirve para nada, mientras que quien intensas las tiene, aunque de siniestra índole, puede siempre tratar de refinarlas y perfeccionarlas. La persona insensible e indiferente no puede crear, destruir ni edificar. Observaréis que un gran destructor nunca es persona mezquina sino que algo admirable hay en él. Tampoco es mediocre ni endeble un gran amador. Cuantos más sentimientos y emociones tengáis, tanto mejor; pero al propio tiempo habéis de aprender a dominarlas, porque las emociones son como las malas hierbas, que si no las escardáis infectarán el jardín. Si tenéis débiles emociones, pero las vais alimentando día tras día, acabarán por crecer y vigorizarse. La idea de que no debemos tener sentimientos ni emociones es absurda y contraria a la espiritualidad. Cuanto más fervorosos sean vuestros sentimientos, mejor; pero habréis de dominarlos so pena de sufrimiento. Si no los domináis os apartaréis de vuestra Intuición y os extraviaréis por vericuetos en vez de seguir el camino recto hacia vuestro ideal.

Tened formidables sentimientos y disfrutad de ellos. No seáis negativos, sino intrépidamente emprendedores. Digo esto con tanta vehemencia, porque todos tenemos propensión a ser de un mismo tipo, a pensar de una misma manera, a congregarnos en torno a la misma persona, y tememos no poder adelantar si no pertenecemos a tal o cual actividad. Pero, ¿qué es el adelanto? Es vuestra propia felicidad. El adelanto es tan solo una palabra. Yo preferiría ser feliz a cuantas mezquinas satisfacciones pueda el mundo dar. ¿Qué importa la religión a que pertenezcáis ni la fama de que gocéis mientras os sintáis verdaderamente felices y podáis mantener absolutamente claro y distinto vuestro ideal?

Imaginaos por un momento al señor Buda y Sus discípulos. Fueron las grandes excepciones de su época. Todos tenían un solo Maestro, una sola meta un solo ideal: Él. Y sin embargo, cada uno de ellos tenía la chispa del genio. No eran mediocres porque seguían a Quien era la excepción, la flor de la humanidad, y todos deben llegar a ser un tal ejemplo.

II

INTERÉS Y ENTUSIASMO

Convenceros quisiera de la importancia de interesarse por las cosas de la vida, pues sin interés no podréis hacer nada. Debéis estar intensamente interesados, yo me intereso por todas las cosas porque toda la vida que me rodea me da comprensión. No hay para mí en la vida otra cosa que hallar la Verdad, la dicha, la paz y la tranquilidad.

Para estar verdaderamente interesado debéis tener la mente y las emociones vivas durante todo el día, despiertas y no dormidas. Quisiera poderos infundir algo del interés que yo siento, para despertar el interés en vosotros. Porque si no tenéis interés, el deseo de hallar, el anhelo de obtener, la inclinación de prescindir de todo para alcanzar lo ultrínimo, no seréis capaces de aprender a sacrificaros.

Este interés sólo sobrevendrá si estáis verdaderamente civilizados. El salvaje que entra en la primera etapa de la vida, para quien son nuevas todas las cosas, que está acumulando Karma, que aprende a sufrir y empieza a crear, sólo puede tener muy débil interés en la vida.

Necesita adquirir, experimentar y probar todas las cosas físicas, mientras que la persona culta y civilizada, en su evolución por muchas vidas, y mediante su pasado Karma, ha almacenado conocimiento, experiencia, intuición y discernimiento. Continuamente desdeña las cosas de poca importancia, y para él este es el único medio de interesarse en el deseo de hallar la Verdad.

Para vosotros y para mí este deseo ha de ser en su esencia tan estremecedor y vital como el que siente el salvaje que comienza a gustar los placeres y sensaciones de la vida, pero vosotros camináis por diferente sendero y tenéis nuevos deseos, porque ya traspusisteis la etapa del salvaje cuyo interés se cifra en los sucesos materiales de la vida cotidiana. El salvaje está todavía creándose Karma mientras que vosotros debéis ir agotándolo. Debéis fortalecer vuestra voluntad y dominar vuestros deseos, a fin de que aprendáis a obtener la tirana Voz. El entusiasmo es el único medio de escuchar y obedecer esta Voz que siempre ha de guiarnos.

Si tenéis entusiasmo, hallaréis que vuestra Intuición, aquella Voz que anhelamos oír, llega a ser vuestro Maestro, la única autoridad en vuestra vida.

Para despertar el interés, debéis vigilar, debéis aprender a pensar, a valeros de vuestra imaginación, a sufrir, aunque sin pasar efectivamente por todo el proceso del ordinario sufrimiento. Os pondré un ejemplo. El otro día imaginé que salía de paseo con mi hermano. Anduvimos por un estrecho sendero, y durante todo aquel tiempo me parecía que mi sombra era más densa que la suya. Medité un rato sobre ello y eché de ver que mi conciencia estaba más enfocada en mí que mi hermano. Era lo mismo que si miráramos a través de dos cristales, uno más oscuro que el otro, y el más oscuro era yo, pero yo quise que ambas sombras tuviesen el mismo reflejo, y al cabo de un rato desapareció la diferencia y fui capaz de identificar mi personalidad con la de mi hermano.

Después imaginativamente, me tendí en un jardín y me puse a observar una brizna de hierba. Ya sabéis que al brotar la hierba, medra absolutamente en una sola brizna y después ahija en dos o tres hojuelas. Yo creía ser esta brizna que aún no había ahijado. Después me pareció sentir como la brizna brotaba del seno de la tierra y la savia ascendía por ella y se separaban las hojuelas, y era yo cada una de ellas. Al volver en mí me dije: No deseo en mi vida otra cosa que la capacidad de perder el sentimiento del yo separado, porque entonces seré capaz de olvidar el “yo” e identificarme con el resto del mundo, con cada uno de los reinos vegetal, animal y humano. Entonces estaré más cerca de la Verdad, más cerca de la perfección. Lo que en el camino se interpone es el separado yo, la estrecha sujeción del yo y la división que establece.

Según ya dije, para tener imaginación e interés debéis mantener alerta la mente, vigilaos unos a otros y aprender cada uno de los demás. Debéis ir tentando hasta que se despierte vuestro interés y vuestro entusiasmo sea claro y definido, no débil y vago, hasta que la llama del genio arda en vuestro interior.

Para mí es un genio quien ve su meta, cuyo entusiasmo es siempre vivo, que camina firmemente hacia esa meta y lucha sin tregua para mantener clara Visión; quien nunca se esclaviza a las mezquinas cosas de la vida ni le afectan los disturbios domésticos ni mundanos, sino que continuamente los desdeña y procura mantener ante él clara y pura la Visión. En cambio, el hombre vulgar y ordinario está sofocado por el mundo, y no ve la Visión, sino que sucumbe a su ambiente y pierde su poder sobre la vida.

En el esfuerzo para alcanzar la meta, se han de olvidar los disturbios mundanos, se ha de adquirir aquél interés que os empuja siempre hacia adelante, que os infunde vitalidad mental y moral. Si queréis crear y servir de auxilio al mundo, no a unos cuantos individuos, sino al mundo entero, debéis descubrir esta Visión y henchiros de ella, y cuando os hayáis henchido y forméis parte de ella, cuando sea vuestra y conozcáis la Verdad por vosotros mismos, entonces podréis atraer a otros hacia ella. Esto es lo que debéis hacer y tal es el deseo que debéis despertar en vuestro interior. No habéis de ser dioses en vuestros propios círculos sino que habéis de comunicar a los demás esta Visión, lo único importante en la vida.

El instructor lo es para todos; es el Amador del Mundo, y nunca se satisfará con dar Su conocimiento y amor a unos cuantos. Viene para todos. Anhela despertar en todos la belleza y felicidad de la vida, y cuanto mejor comprendamos esta actitud y tengamos algo que dar, cuanto más hayamos luchado y si hemos ascendido en nuestro interior la luz del genio, más capaces seremos de comprender, de seguir y de servir.

Os hablaba de Buda y Sus discípulos y dije que estos discípulos no podían haber sido gente ordinaria. Eran hombres excepcionales, como corpulentos pinos de un bosque, distribuyendo verdadero amor entre quienes deseaban refugiarse en las alturas. Como quiera que entendían al insigne Maestro y respiraban el mismo aire perfumado y vivían en Su mundo, eran capaces de dar a las gentes parte de aquella eterna belleza. Esto es lo que

debemos ser: Pinos en la cumbre de la montaña, no vulgares matas del llano donde las hay a millares, aunque también debemos ser matas, porque sólo podréis llegar a ser corpulentos pinos si sabéis lo que es ser modesta trepadora o hierbajo en un jardín.

Esto es lo que quiero significar al decir que debemos tomarnos interés por la vida. Debemos vivir todos los momentos del día.

Estaba ayer leyendo la Biblia y llegué a la frase que dice: “Hijo mío, si vienes a servir a Dios, prepara tu alma para la tentación”. Vuestra alma, vuestro cuerpo, todo ha de estar activamente dispuesto para la tentación de saludable índole, que nos proporciona deleite en servir y dar. Por esto debéis ser cultos. Yo no puedo imaginar un verdadero gigante inculto y grosero. No hablo de un gigante del cuerpo, sino de un gigante en emociones y mentalidad.

Tan sólo podréis oír aquella Voz, sus claros tonos y su imperiosa autoridad si tenéis esta cultura, este interés, este entusiasmo. Tal es la razón por la que yo trato siempre de impulsar. Si hemos de atender a los aspectos físicos de la vida, a la belleza, la pulcritud y la comodidad, es de primordial necesidad tener cultura mental y emocional. Podréis engalanar el cuerpo tan hermosamente como os plazca, pero mientras vuestra mente y vuestras emociones estén incultas no seréis capaces de oír aquella Voz. No quiero decir que no hayáis de vestir con pulcra elegancia y belleza, sino que es muchísimo más importante el perfecto refinamiento y sentido de cultura emocional y mental. Nada hay en el mundo más agradable, más satisfactorio y deleitoso que este sentimiento de nobleza; y quisiera poder comunicaros el interés de adquirir esta nobleza, esta insistente demanda de vuestra alma. Doquiera estéis, en la escuela, en la tribuna o en la vida ordinaria, si mantenéis esta actitud mental y vuestro oído anhela oír la Voz, poco importa lo que seáis, la clase, tipo, el temperamento a que pertenezcáis o la religión que profeséis. Después de todo, estas visiones y diferencias no son más que señales del transitorio mundo. No necesito que nadie me diga lo que soy, mientras yo sepa que soy libre, dichoso y honrado. No necesito ajena autoridad. Los que de entre vosotros están todavía inseguros y se afanan por las mezquinas cosas de la vida, necesitan la autoridad y el favor de otros; de ahí el establecimiento de una nueva ortodoxia.

Mientras caminéis con clara visión y oigáis esta Voz universal y la obedezcáis, no ha de importaros cuanto puedan decir las gentes, porque justos sois al obedecer al Supremo. Cada vez más anhelo y deseo despertar en vosotros el interés por ver por vosotros mismos lo que está oculto a vuestros ojos, de suerte que luego de haberlo visto y sentido, podáis ir a rasgar los velos de los ajenos ojos.

No basta con darles menudas satisfacciones. Cada uno de vosotros ha de convertirse en mensajero y en ejemplo. Es importantísimo que os convenzáis de que debéis tener el anhelo de ver y oír por vosotros mismos y no contentaros con lo que declaren los demás. Primeramente debéis tener el noble anhelo y después satisfacerlo, con lo que explayaréis y ampliaréis vuestra alma. Cada uno de nosotros es el centro de su propio círculo, y de continuo piensa en sí mismo; pero debiera pensar en sí mismo creadoramente. Deberíamos olvidarnos, en cuanto posible nos fuera, de nuestro yo inferior y sentir que todos somos uno. Aunque yo tenga la tez morena y el pelo negro, soy parte de vosotros y vosotros lo sois de mí. Porque la única manera de vivir es entregarnos a los demás, y sin embargo retener nuestra propia Visión.

III

PERSONALIDAD

Al tratar de conocer la Verdad, la suprema felicidad, debemos tener presente que no ha de ser el motivo la satisfacción personal, sino el deseo de servir y ayudar. No habéis de creer que el servicio y auxilio sean peculiares de las gentes humildes, apocadas y ordinarias, ni que para servir hayáis de convertirlos en máquinas y obedecer ajenos mandatos. Al lograr la perfecta Verdad, lograréis también la perfecta Felicidad, y servís porque no podéis menos de servir.

Yo he visto la Visión por mí mismo, y ahora nadie puede arrebatármela ni quebrantarla, porque es parte de mi alma, parte de mi cuerpo, parte de mi verdadero ser. Es inalterable y cuanto más yo cambio, es más permanente. Pero tan sólo podréis verla, tan sólo podréis asimilaros a la Verdad y llegar a ser parte de la Verdad si aprendéis a ser impersonales, en el sentido de que perdáis vuestro yo inferior, vuestro personal y mezquino punto de vista y os identifiquéis con la eterna Verdad. Desde luego que todos hemos de tener personalidad, y aunque nadie ha de desechar su personalidad, no ha de ser personal. Cuanto más evolucionéis y más cerca de la Verdad lleguéis, mayor será vuestra personalidad y más semejante a una flor será vuestra alma; pero tanto más personales seréis cuanto más lejos estéis de la Verdad.

Mientras os esforzáis en lograr esta Verdad, desenvolveréis vuestra personalidad y manifestaréis vuestras inclinaciones.

Para alcanzar la actitud impersonal, lo primero que hemos de combatir es la satisfacción egoísta. Debéis rebelaros contra la propia satisfacción. Si tenéis éxito en el mundo o conquistáis alguna distinción espiritual, experimentaréis al propio tiempo la tendencia a satisfaceros con lo hecho y con gloriaros de ello. Si persistís en someteros a esta satisfacción no adelantaréis ni marcharéis hacia la meta. No podréis acercaros a la Verdad hasta que hayáis aprendido a sobreponeros a las tristezas y alegrías. Sufriréis si sois personales, si os satisfacéis egoístamente, si os contentáis con vuestro yo inferior.

Pero mientras mantengáis constantemente la Visión ante vosotros, mientras hayáis rasgando el velo con que vosotros mismos la cubristeis, nunca será egoísta vuestra satisfacción. Bien sabéis que a la gente se le conoce en la cara el contento de haber tenido éxito en cosas menudas, como si hubieran realizado alguna formidable hazaña; y gradualmente esta física satisfacción se extiende al alma, y el individuo se estanca. Si queréis llegar a la meta y conocer la Verdad, no debéis deteneros a adorar en pequeños santuarios ni inquirir pequeñas verdades. No necesitáis en vuestra vida ir a adorar ante altarcitos cuando ahí está el gran templo de adoración. Os demoráis y perdéis tiempo en los pequeños santuarios, en vez de ir a adorar incesantemente ante el único Altar de la Verdad, a fin de corresponder a las demandas de la evolución. Y si creéis en el Instructor de la Humanidad, también estaréis allende todos los altares, dogmas y doctrinas, y veréis la Verdad a través de todas las pantallas que ocultan la Visión.

IV

EL TEMPLO DEL CORAZÓN

Hemos hablado de la Verdad y de cómo lograr esta Verdad que es Felicidad. Os diré ahora que la Verdad, aunque abstracta, es para mí la encarnación de mi particular Instructor, la personificación de mi Amador. Si entrarais en un templo y vierais las paredes y columnas desnudas y nada sino la cáscara externa, os parecería frío y sin vida, pues aunque en un Templo haya cierto sentido de belleza estética y magnificencia, también necesitáis la imagen de vuestra creación. Todos tenemos un templo, pero cada cual ha de crear la Imagen el ídolo, la Belleza en cuyo torno podamos manifestar nuestro amor y devoción; porque si mantenemos el Templo vacío, como la mayoría de nosotros hacemos, no podremos crear.

Por adoración, por amor, por devoción creamos y damos vida al templo. Y este templo es para mí el corazón. Si colocáis en vuestro corazón a Quien es la Personificación del Amor y la Verdad, si lo creáis allí con vuestras propias manos, con vuestra mente y emociones, en vez de un corazón frío, abstracto y distraído, lo tendréis sincero, vivido y radiante. Tal es la Verdad. Y debemos considerar que este Templo, sin la vitalidad, sin la vida, sin la energética influencia de dicha imagen, sería rígido, frío y triste, mientras que si allí tenéis a Él, llegaréis a ser parte de Él y os identificaréis con Él. Sois vosotros el templo externo, y en vuestro interior arde lo Eternal, el Santo de los Santos, adonde podáis fácilmente ir a adorar, lejos del mundo, lejos de todo trastorno y tribulación.

Pero primero habéis de embellecer el templo. Habéis de hacer perfecto, fuerte y realmente hermoso este templo, que es vuestro cuerpo físico. Todo gesto, todo movimiento, toda actitud, tanto en tiempo de bienestar como de angustia, a cada hora y momento del día deben ser refinados y bellos y representar el templo en que mora la Eternidad. Por lo tanto, debéis tener este cuerpo absolutamente limpio, hermoso y radiante, de modo que Él que está en vuestro corazón pueda manifestarse por medio de vuestras expresiones físicas.

No creo que sepáis bien del todo que la cultura de la mente y de las emociones influye en el refinamiento del cuerpo. Sin cultura ni refinamiento, el cuerpo es tosco, repulsivo y no representa en expresión externa a Quién tenéis en el interior.

Lo primero que habéis de recordar es que para colocar a Él en vuestro corazón debéis tener un tabernáculo apropiado, una conveniente morada. Entonces, con tal belleza física, con semejante nobleza mental y emocional lograréis verdadero gozo.

La mayoría de nosotros, si nos ponemos serios, perdemos el sentido del júbilo. La serenidad sin gozo, sin deleite, es casi siempre artificiosa y ha de evitarse. Pero si cultiváis la seriedad gozosa, dimanante de que tenéis a Él en vuestro corazón, como parte de vosotros mismos, entonces la seriedad será jubilosa en vez de tomar morbosas y toscas expresiones.

Cuando le veáis a Él, habéis de verle con júbilo y no con seriedad. Sólo podréis acercaros a Él cuando seáis verdaderamente felices, cuando estéis realmente iluminados y henchidos de gozo; no por medio de la seriedad religiosa ni de una melancólica idea de la espiritualidad. Cuando estéis de veras gozosos y seáis realmente felices, morará Él en el entonces sagrado templo de vuestro corazón.

Ayer salí solo de paseo con deseos de recobrar mi peculiar jubilosidad que por un momento había perdido. Me esforcé inútilmente en llegar a cierta altura emocional y mental, pues no bastaron para ello mis esfuerzos.

Anhelé entonces alcanzar a mi Gurú, a mi Amador, a mi Genio, a mi fuente de Felicidad, y como anteriormente en la India, le vi; pero no cuando yo me esforzaba en verle, sino cuando ya sosegado había en mi interior un manantial de felicidad, le vi que llenaba el firmamento y las briznas de hierba; le vi en la altura toda del árbol; le vi en el guijarro; le vi por doquiera; le vi en mí mismo. Y así se llenó mi templo y estuvo completo mi Santo de los Santos. Yo era Él, y Él era yo, y esta era la Verdad para mí.

La Verdad abstracta nada vale hasta que os da el intenso gozo y devoción personal y el anhelo de crear no sólo en vuestro interior sino también alrededor de vosotros. Así como las aves cantan espontáneamente y por su propia complacencia, así debe venir la Verdad a llenar por espontáneo impulso vuestro templo; pero vosotros debéis proporcionar el material, debéis proporcionar las circunstancias, debéis suministrar el mármol en que esculpir la estatua. Y este mármol ha de ser el júbilo, la intensa dicha, la seriedad gozosa. No tengáis la grotesca seriedad adusta, hocihada, sino sed gozosamente serios, con la seriedad que os incite a solazaros, a ser nobles y felices. Debéis crear una imagen así en vuestro corazón, habéis de hacer Su templo de vuestra casa.

Cada día tengo una diferente Visión de mi Verdad.

Cuando estáis en la cumbre de una montaña, se extiende ante vuestra vista una cordillera más alta que no se ve desde la llanura. Os figuráis que si subís a esta cordillera alcanzaréis el punto culminante desde donde contemplar todas las cosas; pero no sucede así, porque cuando habéis subido allí, hay otra cordillera más alta que os oculta la completa Visión.

Así ocurre con la Verdad. Ha de cambiar y alterarse incesantemente vuestra visión. Cuando tengáis el anhelo, la capacidad de henchiros de Su genio, de Su fuerza, de Su nobleza, entonces llegaréis a ser nobles y aprenderéis a reflejar Su divina originalidad. En Él están todas las fuentes de originalidad, todas las fuentes de belleza, todas las fuentes de creación; y todo intento de ser original, bello y creador valdrá muy poco si no sabemos ni podemos ponernos en contacto con la fuente de las cosas. Aunque tengáis verdeantes campos y luminosos cielos y apacible sosiego, debéis colocar en vuestro corazón esta esculpida imagen que habéis creado con vuestra mente y con vuestras propias manos.

Deseo forzar las puertas del templo de cada uno de vosotros para que entre el fulgor solar que os ayude a destruir lo horrible, a crear de nuevo, a reedificar, porque sólo así alcanzaréis la Verdad, sólo así mantendréis la Eternidad en vuestro templo, y cuando Él venga a cada uno de vosotros, como suele venir, morará con vosotros a condición de que seáis capaces de albergarlo en el templo de vuestro corazón, si tenéis la sabiduría de vivir con Él y no perder el fruto de tantos éxtasis, delirios, anhelos, y angustias.

¡Cuán gozosos y felices seríais si desearais adorar en este santuario, ante este altar y poner en olvido todos los demás!

Ayer pensé por un momento que había perdido a mi Maestro, y no me era posible respirar ni moverme; todas las puertas y ventanas de mi templo estaban cerradas, y yo me hallaba en tinieblas. Hube de esforzarme en abrirlas y buscar al Maestro. Cuando le encontré y sentí la realidad de Su presencia, entonces todo volvió a ser de pronto paz, luz y gozo. Tras las nubes, la lluvia y la tempestad aparece un rayo de sol, y la Naturaleza toda estalla al encuentro de este rayo. Así me sucedió a mí ayer.

Una vez lográis esta belleza, esta nobleza, esta eterna Felicidad que os sobreviene cuando sentís esta Verdad en vuestro corazón, el mundo es para vosotros, el Santo de los Santos. Allí vivís y respiráis y contempláis, y todas las menudas cosas, acciones y pensamientos quedan en su apropiado lugar; y adquirís el verdadero refinamiento, el verdadero refreno, la verdadera iluminación. Este es el único medio de adquirir la chispa del genio, el único método de ser feliz. Si tenéis esta gozosa seriedad, el sentimiento de bienestar espiritual, moral, e intelectual, entonces veréis la gloria; y todos tendréis aquella luz, aquella pureza, aquel sentimiento de nobleza y dignidad que nada en el mundo puede perturbar. Todo respira Su gloria y todo lo vil se marchita y muere. No podréis formaros concepto de lo que perdéis, si no vais a la fuente de las cosas. Tan solo en la fuente conoceréis el Principio y el Fin. Y lo que es mucho más importante: Estaréis allí con Él y seréis parte de Él, y así seréis la fuente para millares de almas.

Así deseo mantener ante vosotros la idea del templo y de la imagen en su interior. Doquiera estéis, en casa o en la calle, en el recreo o en el trabajo, permaneceréis tranquilos y equilibrados por que Él se halla siempre con vosotros. ¿Qué le importa al Dios interno que haya luchas y contiendas fuera del Templo? Mientras estéis tranquilos, mientras adoréis y estimuléis a otros a que adoren, mientras hagáis felices a otros, ¿Qué importa nada de lo demás? Cesan de afectaros las formalidades del culto externo y todos los intérpretes de Dios. Mientras poseáis esta gloria seréis felices; cuando bebáis en esta fuente seréis genios; crearéis y haréis felices a otros,

Para esto existimos.

En un día de mucha extensión de cielo azul con innumerables sombras, lo único de que cabe hablar es del Reino de la Felicidad, y de cómo, aunque tengamos en nuestro derredor las atracciones físicas y la física belleza, también podemos tener en nuestro interior la felicidad espiritual, el Reino de la Felicidad. El único medio posible de poseer este Reino es olvidarnos de nosotros mismos, e identificar nuestra alma con lo Eterno.

Todos creemos intensamente (y en algunos es más que creencia) que llegará día, como creo que ha de llegar, en que la Voz que hemos escuchado y cuyos mandatos obedecemos, nos excite a dejarlo todo y a seguirla. Esto nos ha de suceder a todos nosotros, todos recibiremos esta orden, cada cual en diferente forma, en varios aspectos y en distintas condiciones, pero indudablemente la recibiremos. Y cuando la recibamos ¿en qué actitud de mente, en qué condición emocional responderemos? ¿Cómo lo dejaremos todo para seguirla? ¿Qué significará esto para nosotros?

Por mi parte he pensado en lo que ello significará. A mí me parece que me será relativamente fácil abandonar las cosas físicas, las ordinarias comodidades, el bienestar corporal, las riquezas, la familia y parentela. Lo que será mucho más difícil, mucho más grave, mucho más meritorio, santo y sagrado será renunciar a mi separado yo e identificarme con Él.

Identificarnos con Él significa que habéis de dar de mano a vuestras predilecciones, a vuestros prejuicios, a vuestras particulares inclinaciones y a todas las cosas por el estilo. Esto es mucho más difícil y, sin embargo, es lo que habréis de hacer. Habréis de olvidaros de lo que sois y llegar a ser como Él.

¿No habéis reparado en que una pequeña colina puede ocultar toda una cordillera de nevadas montañas, de suerte que os figuráis que aquella pequeña colina es toda la perspectiva, sin tener en cuenta la formidable vista que a lo lejos se extiende milla sobre milla tras la colina? Pues exactamente lo mismo nos sucede a nosotros. Las cosas menudas carecen de importancia; no necesitamos renunciar a ellas. Es como si estuviéramos frente a la pequeña colina. Hemos de ir más allá de esta pequeña colina para ver los gigantescos picachos. No conviene adheriros a vuestra particular forma de culto. Las estrellas centellean brillantes y hermosas antes de salir la luna, pero después todas se retiran al trasfondo ante la única reina, la única gobernante del firmamento.

Así debéis portaros todos ante Él, que es vuestro Gobernante. No significa esto que hayáis de prescindir de vuestra individualidad, sino que debéis ser como Él; y sólo podréis lograrlo si sois capaces de mirar desde Su punto de vista todas las cosas de la vida.

Para el artista que contempla una nube, el firmamento o un árbol, tienen estas cosas diferente significado, pues las mira desde el punto de vista de cómo las pintará o cómo las reproducirá en símbolos para las gentes, no precisamente copiándolas sino comunicando a los demás lo que vio en ellas. Esto es exactamente lo que debéis hacer. Debéis destruir todo cuanto os ata, y trepar las alturas en donde lleguéis a ser parte de Él, y desde allí os contemplaréis a vosotros mismos y al mundo. No conviene que estéis rodeados siempre de vuestros particulares deleites. Debéis escalar aquella altura, y desde allí regir vuestros pensamientos y emociones y vuestro cuerpo físico, porque de este único modo seréis con toda fidelidad capaces de seguirle.

Yo me pregunto: ¿Cuántos de vosotros tendréis la verdadera comprensión y realmente seguiréis cuando llegue el preciso momento de oír la Voz que reconozcáis como absoluta autoridad y cuyo mandato sea definitivo? Yo me pregunto: ¿Cuántos de vosotros, aunque obedezcáis seréis capaces de identificaros con Él como gota de agua que desaparece en el mar o como río que desagua en el vasto océano?

Todos sois demasiado estrechamente individualistas, tenéis vuestro Dios particular, vuestro particular deleite, vuestro particular modo de pensar, hablar, y expresaros. Seguir no significa que hayáis de aceptar ciegamente, sino que habéis de mantener los ojos abiertos y limpio vuestro corazón, libres de todo prejuicio y de toda idea preconcebida para ser así capaces de sumergiros en lo Eterno. Este es el único modo en que podéis seguir, la única manera en que podéis crear. Si vivís en la Eternidad, en esta estupenda altura, llegaréis a ser genios, llegaréis a ser lo que cada cual anhele ser, y entonces seréis felices.

Hallaréis la felicidad al olvidaros del separado yo, al destruir este yo e identificaros con el Universo; pero cuando hacéis distinciones al hablar de particulares grupos, particulares temperamentos y tipos, os apartáis de la realidad sin advertir que estas diferencias no son más que señales distintivas, meras indicaciones de vuestro especial ambiente, y no resuelven el problema, cuya única solución está en el olvido del separado yo para llegar a ser lo Eterno.

Seguid lo Eterno, que es perpetuo e inmutable, y no lo transitorio y momentáneo. Obtendréis una fiel perspectiva de vuestro propósito si tenéis en cuenta que debéis dar convenientes oportunidades a lo físico para la educación del alma. Siempre hablamos de la educación de lo físico, pero olvidamos la educación de lo súper físico. El ego anhela desenvolverse y lograr la perfección; y aquí toma en cuerpo físico, si advertís los anhelos del alma, vuestra mente concreta os dirá cuándo y cómo debéis ceder a los anhelos del Yo superior.

Deberíais contraer el hábito de vivir en el Reino de la Felicidad, porque me parece que no echáis de ver suficientemente cuán vasto es este Reino, cómo se dilata milla tras milla una vez entrados en él. Me parece que no

comprendéis que la Felicidad, la verdadera Felicidad supera todas las cosas físicas y espirituales del mundo. Es el único estado en el que vale la pena entrar, el único Reino merecedor de conquistarlo y poseerlo. Quisiera llevaros a todos a este Reino para que por vosotros mismos, vierais su hermosura, pues una vez vista no la abandonaríais ni ya apeterceríais las cosas transitorias y mudables. Seguro estoy de que según pase el tiempo os convenceréis más y más de que esta es la única Verdad digna de recibir y poseer, la única Verdad digna de comunicar.

También debéis tener cultura, la cultura física ordinaria, la cultura de consideración, de prosperidad, de la intensa y jubilosa seriedad. Si tenéis todas estas modalidades de cultura y os las asimiláis y en ellas os embebéis hasta que formen parte de vuestra naturaleza, llegaréis a ser Sus verdaderos discípulos.

Sin cultura, sin refinamiento, no podréis formar parte de Él, que es el sumo refinamiento y la suma cultura; no podréis permanecer con Él ni cooperar entusiasta e inteligentemente con Él.

El artista creador que sufre y tropieza estará más cerca de Él que quien se satisfaga simplemente con rendir culto ante su propio altar.

Debéis ser como los artistas creadores y cooperar con Él para dar al mundo lo que cada uno de vosotros realmente comprenda. Y cuando os halléis en semejante estado, no tenéis idea de cómo desaparecerá el sentimiento de soledad, de depresión, todo cuanto nos entorpece y mata el espíritu y debilita nuestro sentimiento de bienestar. Cuando seáis parte del único Reino que tiene importancia en la vida, cuando estéis con aquella Luz que perdura a través de edades y eones, olvidaréis la soledad, la depresión, la grandeza y el éxito. Lo que la mayor parte de vosotros teme es la soledad, la falta de amor y personal amistad de unos con otros. Estas cosas, aunque placenteras de momento, aunque tienen su valor, no la echaréis de menos, porque estaréis en compañía de lo Eterno. Cada árbol, cada ave, cada brizna de hierba, cada sombra os dará algo más valioso que las fugaces satisfacciones físicas porque son parte de lo Eterno. Por eso debéis tener concentrada allí vuestra vida para mirar todas las cosas desde el punto de vista de lo Eterno.

VI

EL VALOR DE LA EXPERIENCIA

Quiero hablaros de aquella Voz, de aquel Tirano que debéis adiestrar y cuya autoridad es el único mandato a que debéis obedecer.

Según empecéis a desenvolveros, encontraréis, naturalmente problemas, tropezaréis con dificultades que habréis de solventar por vosotros mismos. Habréis de ser semejantes a un árbol que resiste innumerables tempestades y conoce su propia fuerza. Su propio placer en la protección que otorga, y al que nada en el mundo, ni el viento terrestre o celeste puede descuajar. Es firme como una roca. Tal como veis una roca que permaneció inmóvil ante los embates del mar, así veis este árbol permanecer firme y dar abrigo a millares de aves, porque está muy bien arraigado y robustamente crecido. Así habéis de ser vosotros.

La única autoridad que reconozcáis, el único mandato que habéis de obedecer, debe ser la Voz de la inalterable Intuición que nada en el mundo puede quebrantar.

De este modo desenvolveréis aquel sentimiento de belleza, por vosotros mismos creado, que se acrecienta con el tiempo y os infunde gozo. Esta es la única autoridad que puede reconocer una persona civilizada, culta y espiritual, y no la autoridad ajena, no el marbet espiritual del otro, porque cada uno es quien solamente puede saber lo que siente en su interior.

Ya hemos tratado de cómo desenvolver aquella Voz, aquel inflexible Tirano, y hemos examinado algunas ideas. Quiero exponeros otra. Si anheláis reconocer esta Voz, debéis mover una revolución, una anarquía en vuestro interior; debéis sentir descontento, debéis estar en un torbellino mental y emocional, cuyo centro debe ser cada vez más vigoroso a fin de eliminar las menudencias de la vida y que sólo pueden los firmes propósitos. Del caos de vuestro interior ha de surgir la centelleante estrella. Habéis de estimular el descontento del que dimana el verdadero contento, y no subyugarlo o desdeñarlo o matarlo. Cuanto más cuestionéis y demandéis mayor será la fuerza de vuestro torbellino, mayor la violencia, más vigoroso vuestro anhelo de descubrir la Verdad. Habéis de formar un torbellino en vuestra mente y vuestras emociones; pero no un torbellino de mero sentimentalismo y excitación, sino un torbellino que eche fuera y destruya lo no importante; un torbellino que gire en torno de un solo propósito con creciente velocidad, que le dé mayor energía, de la que surgirá el verdadero genio, la refulgente estrella de vuestra creación.

¿Habéis procurado adquirir este divino descontento? No lo podéis adquirir si os limitáis a escuchar a otros, quienes sólo serán capaces de proporcionaros el andamio que os ayude a escalar y construir; pero vosotros debéis llevar vuestros propios ladrillos y vuestro propio mortero, y ser cada cual el constructor. Para ello debéis pasar por vuestras propias experiencias y tal es la razón de que la pura inocencia no sea espiritual.

Quien conoce profundas tristezas, intensos éxtasis, hondas devociones, vivos arrebatos de adoración o de cólera, puede llegar a ser verdaderamente espiritual, porque de continuo busca y solicita.

Para llegar a ser espiritual, para vivir dichoso y servir debéis tener “el alma preparada para la tentación”.

La experiencia es esencial. La gente puerilmente inocente propende a ser mezquina, mojigata y envidiosa, y contra estas trivialidades hemos de luchar, pues no prometen dar grandes y verdaderas experiencias. No habéis de tener la inocencia del niño que carece de experiencia, que no sabe lo que son sufrimientos ni lo que es estar en una borrasca de emociones ni lo que es sufrir mentalmente, y que sólo balbucea algunas palabras. Debéis ser como el hombre que ha sufrido, que conoce y que ha edificado,

Así habéis de ser. Habéis de tener vuestra propia sensación de la vida, y no la sensación de los demás. No quiere esto decir que os hayáis de lanzar a absurdas experiencias y extravagantes expresiones de vuestros sentimientos. Los ordinarios placeres, penas, tristezas y alegrías deben ser vuestras experiencias que os han de servir de materiales de construcción. Son vuestros canales, vuestros ríos por los cuales debéis navegar hasta el vasto océano donde verteréis vuestra individual experiencia, vuestra identidad, para convertirlos en una gota del océano. Pero debéis de disponer de naves en que navegar. Pero habéis de ser capaces de tender las velas, de remar, de tener tras vosotros las acumuladas experiencias y estremeceros a la idea de nuevas experiencias de armónica índole. Debéis tener el divino descontento, el caos de que surgirá la rutilante estrella.

La mayor parte de las gentes están satisfechas y contentas con sus vulgares vidas, y por lo tanto se forjan el angosto mundo de la mediocridad. Y si vosotros queréis ser diferentes, habéis de hallaros a vosotros mismos, habéis de dar nacimiento a vuestro verdadero ser, seguir vuestro propio sendero y mantener vuestro propio ideal, el ideal, la meta de Felicidad, de Verdad. Como pescador que de estanque en estanque, de río en río, de océano en océano va pescando en busca de experiencia sin satisfacerse con un pez pequeño ni con un pez enorme, así debéis desear reunir y poseer los varios tipos, colores, y expresiones de la divinidad en todos los océanos de la vida. Debéis oír por vosotros mismos aquel llamamiento, aquella Voz que sólo resuena por medio de la experiencia, por medio de los pensamientos y las emociones. No necesitáis imágenes ni ceremonias ni nada en la vida, si tenéis este venturoso y divino anhelo. La divinidad mora en la luz rielante sobre las alas del ave que cruza el azul del cielo, en el árbol solitario, en las apacibles praderas, en los contiguos riachuelos y en las flores. Son la Verdad de la vida, las reales expresiones de la espiritualidad. Porque cuando reconozcáis la Verdad en estas humildes cosas de la vida diaria y os abisméis en su belleza, habréis entonces adquirido la eterna Verdad y viviréis en el Reino de la Felicidad. Una vez lo poseáis, podréis darlo a los demás. Quién no lo posee, y sin embargo trata de convencer a otros, es hipócrita; pero quien lo posee, aunque sea en mínimo grado, hablará con certidumbre, con conocimiento y autoridad. Vosotros hablaréis con autoridad porque sabéis lo que significa sentir de acuerdo con el universo y con la humanidad, con todo el que sufre, con todo el que es feliz. Vosotros crearéis y haréis crear a otros vuestras propias ideas, vuestros propios conceptos de la vida. Esto dará diferente tono a vuestra existencia, un diferente gozo, un diferente estremecimiento; y entonces ninguna forma ni expresión extrema tendrá valor alguno, porque estaréis en la Eterna Fuente de todas las cosas. Pero sólo podréis estar allí si tenéis este caos, este descontento, este perpetuo anhelo. Una sola visión de lo Eterno no satisface; cada visión descubre otra nueva y así vida tras vida. La evolución no empieza repentinamente en determinado momento ni se detiene en un momento dado ni después de una vida, sino que es interminable camino, y quien goza caminando no se ha de detener a adorar en pequeños santuarios, menudos convencionalismos, fórmulas externas y altares de supuesta grandeza, pues de lo contrario la evolución resulta un prolongado sufrimiento. Si veis en lontananza el templo de vuestra propia creación, la imagen de vuestra propia creación, la imagen de vuestra propia hechura, forjada a costa de sufrimiento, de la dicha y de la belleza de la vida, caminaréis perpetuamente por el Reino de la Felicidad. Habéis de ser una cosa u otra. O bien habéis de ser un genio, un creador, un destructor, o bien un hierbajo en mitad de la corriente, zarandeado de uno a otro margen. Debéis ser la principal corriente de la vida, la principal fuerza de la vida, porque en Él vivís y en Él tenéis vuestro ser. La Belleza es la Verdad y la Verdad es por Quien suspiréis, a quien adoráis, cuya imagen formáis en vuestro corazón, y que llega a ser parte de vosotros porque a El os inclinasteis y le hallasteis. Este concepto estimula la inspiración de existir, de alentar, de pensar y de sentir.

Pero si os contentáis y satisfacéis egoístamente perderéis el venturoso estremecimiento de la espiritualidad, y en vez de ayudar seréis vulgares secuaces, y en vez de creadores seréis desechos, escombros y escoria física y mental en todo el transcurso de vuestra vida.

Quisiera que vierais (y estoy seguro de que veréis, pues todos vemos en los momentos de éxtasis y dicha) la importancia de mantener esta pauta, esta cultura, y de vivir en el Reino de la Felicidad. Si en él estáis y seguro residís en este Reino podréis salir de él y crear más vitalmente, más gravemente, más noblemente que otro cualquiera porque a toda hora podréis restituirlos a aquel Reino. Ello os dará una viva conmoción, un sentimiento de vitalidad, de ser grandes no sólo para vosotros mismos sino para ayudar al prójimo, destruir las cosas sin importancia y crear las eternas. En vez de ser gigantes de ignorancia, debéis de ser colosos creadores. Hoy día todos vamos buscando, tanteando, preguntando, mientras que la solución de todas estas cosas está bajo cualquier

piedra, en todo cuanto se mueve y vive, en todas las cosas animadas e inanimadas. Si estáis verdaderamente iluminados podréis salir a ser mensajeros de aquel Reino. Yo he bebido en esta fuente y anhelo llevar a ella a cada uno de vosotros. Y cuando os hayáis deleitado y recreado en el albergue de la Eternidad, también anhelaréis llevar a otros a la misma fuente de donde emana la perenne Sabiduría.

VII *EN COMPAÑÍA DE GRANDES HOMBRES*

Deseo convenceros de la suma importancia de interesarse en la excelencia del Reino de la Felicidad. Es posible conocer por vuestras palabras, por la manera de hablar si vivís o no en aquel Reino. Os he examinado, y me examiné a mí mismo para ver si vivimos continuamente en este Reino. De nuestra actitud, de nuestra conducta y de nuestros deseos podemos juzgar y descubrir cuán lejos estamos de esta morada de realidad o cuán muy adentro de ella vivimos.

Si os esforzáis en vivir en este Reino, fácilmente dominaréis vuestras tribulaciones, olvidaréis vuestras pesadumbres, vuestras singularidades y sobrellevaréis las aflicciones y sufrimientos del mundo. Cuando vivís en este Reino no podéis separaros de vuestras diarias acciones; en vuestros pensamientos, en vuestras obras, en todo cuanto hacéis estáis viviendo en este Reino; y por tanto trasladáis este Reino a vuestras acciones.

Podéis observar cuán diferentes son los que han percibido un vislumbre, siquiera pasajero, de este Reino; cuán dichosos, cuán bien equilibrados están, ni demasiado emotivos ni demasiado intelectuales. Podéis inferir de su actitud, de su ambiente, que saben lo que significa vivir en este Reino. Fuera mil veces lastimoso que sólo viviéramos allí raros momentos, sólo cuando meditamos y estamos solos. Únicamente podréis vivir en este Reino si todo vuestro ser palpita de felicidad. Debéis manifestar esta felicidad en todos vuestros sentimientos, en todo cuanto hagáis diariamente. No habéis de vivir en este Reino breves momentos como efímero insecto y desvaneceros de allí durante el resto del día para restituirlos a él a la mañana siguiente. Esto es lo que hacéis la mayor parte de vosotros. Una palabra traicionará vuestra mente y todo el rumbo de vuestra perspectiva. Me parece importantísimo que seáis verdaderamente formales y estéis gozosos, en vez de luchar en vano, malgastando inútiles esfuerzos. No vayáis a figuraros que solamente unos cuantos privilegiados están en el Reino y los demás no pueden estar, pues mientras uno haya que se esfuerce, que tenga nobles pensamientos y emociones, cabe asegurar de él que vive en este Reino.

Debemos transformar este centro de Eerde y el mundo todo en un verdadero Reino de Felicidad y debéis ayudar porque vivís en él y lo estáis creando con vuestras aptitudes, vuestros sufrimientos, vuestras dichas, placeres y goces como materiales de construcción; pero debéis ayudar todos y no uno solo. Por esto debéis ser grandes, por esto debéis vivir y alentar únicamente en el Reino de la Felicidad. Habéis de destruir toda barrera, toda mezquindad en vuestra perspectiva. No podéis figuraros cuán deleitoso, cuán conmovedor y placentero es ello. Lo es mucho más que un espectáculo de cine o cualquier otra diversión mundana.

Imaginad por un momento que todos nosotros somos dioses, por lo tanto, podríamos sentarnos a la mesa con Él. Pensad en lo que podríamos hacer y lo que podría significar si fuéramos como Buda y Sus discípulos. Buda era un superhombre genial, el mayor de los seres humanos, y sus discípulos eran también genios, los grandes hombres de su época. Y podéis imaginar el delicioso ambiente, la atmósfera que aquellos hombres, aquellos dioses debieron crear. Después trasladaos al otro extremo y pensad en todas las personificaciones del mal en el mundo y pensad en lo que harían. Intentarían aniquilar la obra de los dioses.

Pero entre ambos extremos están quienes como nosotros forman la mayor parte del mundo. Cuando tenéis un precioso vaso o joyel, debéis buscar un arca donde con toda seguridad guardarlo. Y cuando Él venga, como ha de venir; cuando esté con nosotros como ha de estar con nosotros, deberemos ser ya los grandes hombres y cada uno de nosotros ha de esforzarse en alcanzar las cumbres de la perfección.

Y entonces, si nos reunimos todos, imaginad el vivo deleite de semejante asociación, porque seremos compañeros de la nobleza, de los grandes artistas, de los insignes creadores, de la divinidad equiponderada en perfectos cuerpos físicos.

Nada hay tan admirable en el mundo como vivir con grandes hombres, con grandes ideas, con hombres que por sí mismo sean los principios y no tan sólo la externa cáscara de alguna realidad.

Quien no ha gustado de la felicidad, quien no ha sufrido, quien no ha pasado por muchas experiencias, no puede ser compañero de grandes hombres ni aun de grandes pecadores, porque no son capaces de ayudar ni pueden difundir ni gozar de duradera felicidad. No puede conocer la diferencia entre lo hermoso y refinado, y lo grosero y vulgar, por lo que no tienen valor sus juicios, pues no es creador ni destructor, sino que va empujando por los caprichos y fantasías del mundo de la mediocridad.

Por lo mismo que no deseáis pertenecer a este mundo de mediocridad debéis tener en cuenta la vital importancia de cuantos pensáis y sentís. Por esta razón debéis desenvolver un exquisito cuerpo físico con refinadas emociones y cultivada mente. Porque si no son perfectos vuestros cuerpos, mente y emociones, desfiguraréis la belleza y perturbaréis la armonía del conjunto de los grandes hombres; y aunque sean prudentes vuestras palabras, vuestra expresión externa, vuestra personalidad delatará la imperfección de vuestro interno desenvolvimiento.

También debéis tener perfecta limpieza, perfecta salud; y podéis ver la importancia de ello, podéis ver por qué debéis tener cuerpos limpios y sanos y cuidar de ellos con la misma solicitud con que cuidaríais una preciosísima joya. Lo mismo cabe decir de vuestras emociones y pensamientos. Aunque no manifestéis a los amigos y conocidos vuestros perversos pensamientos y emociones, os traicionarán en vuestra mirada, en vuestras frases, en vuestras actitudes y en vuestra perspectiva de la vida. Muy a menudo me intereso en mirar el rostro de la gente, su gesto y su porte general; y comúnmente distingo el tipo a que cada uno pertenece. Sé que estos superficiales indicios pueden ser engañosos y ocasionar erróneos juicios, pero casi siempre delatan el interno carácter. Por lo tanto, debéis perfeccionar el cuerpo, las emociones y la mente antes de que podáis alcanzar y vivir eternamente en el Reino de la Felicidad. No debéis dar vuestro asentimiento sin razón y sin comprensión, para adaptaros a un molde. ¿Podéis figuraros que el mar, esa masa de animación y estruendo, se adapte a determinada forma? Romperá todas las formas y nada será capaz de restringirlo ni sujetarlo. Todos deseamos adaptarnos a formas, porque ello es mucho más fácil, mucho más cómodo y significa mucho menos lucha. Para quienes no se esclavizan a las formas y viven en esta Felicidad, en este Reino sin límites, lo valioso y bello es esta ilimitada expansión sin término. Debéis tener en cuenta que si realmente queréis vivir en presencia de los grandes hombres debéis desenvolver una perspectiva sin límites ni término. Os daréis cuenta de en qué gran éxtasis, en qué equilibrado éxtasis podréis vivir si constantemente imagináis que vivís siempre en este Reino y que estáis con los grandes hombres. ¿Cuántos de vosotros sois capaces de estar con un gran hombre, con un gran genio, con ÉL, que es la personificación del Reino de la Felicidad? Verdaderamente pocos, muy pocos. Y podéis ver la angustia, la pena que ha de causarle a quién sólo tenga dos o tres compañeros, en vez de al mundo entero con ÉL, trabajando con ÉL, gozándose con ÉL.

También quiero hablar sobre el afecto, porque me parece que no sabéis cuánta fuerza, cuánta vitalidad infunde el verdadero y equiponderado afecto. Digo equiponderado, porque generalmente observaréis que las personas de intensos sentimientos de afecto, carecen de fortaleza, de gobierno y de equilibrio. Sus sentimientos son como el agua que si desconsideradamente se vierte, inunda y anega sin duradera eficacia. Por esto habéis de tener equilibrio. Si vuestros afectos están bien equilibrados, sin sentimentalismo ni extremada efusión, sino con el eterno amor, entonces empezareis a perder el separado yo. Cada uno de vosotros debe haber sentido aquel afecto expansivo y siempre creciente, y cada vez más y más amplio, de suerte que no sólo améis a unos cuantos de vuestra especial predilección sino a todos cuantos con vosotros se relacionen. Este afecto pone en olvido, aniquila el yo inferior que es la raíz de toda la aflicción. Por esto, quien no siente este inmenso amor es egoísta, parlanchín, entremetido, chismoso y hace todas estas ruindades que ni soñaría un gran hombre, un verdadero dios. Desde el momento en que os olvidéis de vosotros mismos e identifiquéis vuestro verdadero Yo con el gran Yo del mundo, entonces viviréis en este Reino y desearéis que el mundo entero vaya a vivir con vosotros.

Actualmente puede decirse respecto de cada uno de vosotros que estáis haciendo una febril tentativa y no que hayáis realizado una hazaña. Estáis todavía luchando y luchando, pero no habéis triunfado.

No os arriesgáis, no os abrevéis y no os sumergís en el océano, sino que sois como chiquillos en el mar que vacilantemente meten un pie en el agua y lo retiran inmediatamente que notan la frialdad. Si resbaláis, no importa, ya os levantaréis de nuevo; y si nadáis llegaréis allí. Pero no habéis de estar vacilando respecto de si alcanzaréis la lejana orilla. Sino que debéis lanzaros al agua porque vuestra Voz os incita.

Y si no escucháis la Voz estaréis metafóricamente llegando de continuo; y no tendréis un momento de paz, de sosiego, de felicidad, si esta Voz no os incita a seguir adelante. Debéis ir hacia la fuente de las cosas, y cuando alcancéis esa fuente seréis el dios, el superhombre, el dueño.

Buda, Cristo y otros grandes Instructores del Mundo fueron a la fuente de la vida. Llegaron a ser Maestros artistas. Mas una vez conocida la naturaleza y suprema grandiosidad de la Fuente, se convirtieron en la Fuente, el Sendero, y la Personificación de la Sabiduría y el Amor. Tal debe ser nuestro propósito. No podéis ser el Buda o el Cristo, pero podéis tener los mismos sueños, anhelos, deseos y aspiraciones.

Una vez hayáis percibido la gloria de Su reino, podréis actuar por vosotros mismos en la particular línea de creación con que expreséis vuestra vista de aquella eterna gloria. Entonces, seréis el escritor más insigne, el artista máspreciado, el cineasta más profundo. Tendréis la lengua del sabio. Allí subyace el estremecimiento de espiritualidad, la única ambición merecedora de lograr en el mundo. Debéis ser independientes, no sólo emocional e intelectualmente sino también de todas las cortapisas físicas. Este es el único medio de lograr suma felicidad, de adquirir completa libertad de pensamiento, emociones y en todas las cosas físicas. Este es el único medio de vivir en el Reino de la Felicidad.

VIII *LA MENTE, EL CREADOR*

La mente es la esencia de la divinidad; pero es de todo punto notorio que la mente lo mismo puede crear que destruir; que rige y guía las emociones y es el ímpetu que nos empuja hacia nuestra meta.

La mente puede y debe hallar por sí misma la Verdad, y por sí misma debe aprender a vivir en el Reino de la Felicidad. Sin una mente disciplinada y una congénita inteligencia no podréis acercaros a vuestra meta.

También notaréis que la mente empequeñece las cosas, ansía formas y desea ocuparlas. La mente propende siempre a ser concreta, y habéis de precaveros contra esta característica de la mente.

Muy a menudo nos figuramos que todo cuanto hacemos está bien hecho, que nuestro particular sendero es el único, y que sólo pueden ser verdaderos nuestros particular templo, nuestro particular altar, nuestra particular ceremonia, nuestra forma de adoración y nuestro particular modelo de forma exterior; y que por este único canal puede expresarse lo Divino en manifestada vida. En efecto decimos: Tú estás en error, pero si me sigues y haces lo que yo hago y piensas como yo pienso, estarás en lo justo. Esto es lo que todos vosotros pensáis. Esta es la verdadera piedra de escándalo para cuantos intentan entrar en el Reino. Porque aquí no hay semejante estrecha uniformidad; aquí todo el que se esfuerza y vive noblemente y por naturaleza es en realidad bello en pensamientos y emociones, puede ser y es uno con todos. El sentimiento de unidad es lo más importante en la vida; es el único pan que podéis dar al hambriento, la única solución de todos los problemas de la vida. La intolerable idea de que precisamente habéis de estar equivocados si obráis independientemente, y de que acertaréis si me seguís, si seguís a mi especial intuición, a mi especial Maestro, a mi especial Deidad, es contraria al progreso espiritual. Mientras haya entusiasmo, la chispa del divino descontento, el anhelo de felicidad, el ansia de escapar del Maya de la vida, no importa que pertenezcáis a determinada religión o a ninguna, a alguna secta, clase, color o creencia, porque entonces estaréis en el verdadero camino que conduce al Reino. Esta es la sola idea que siempre habéis de mantener en la mente.

Tan sólo podréis entrar en este Reino si vivís noblemente; sólo podréis llegar a ser ciudadanos de este Reino si lucháis contra la mezquindad, contra el espíritu de exclusión. Por lo mismo habéis de tener la mente limpia y clara de modo que abarque todas las cosas, porque si tenéis limpia y clara la mente, también tendréis nobles y dichosas emociones, mientras que si sois exclusivistas y deseáis cerrar la puerta a los demás porque os figuráis que son diferentes (lo cual no es más que la afirmación del yo inferior) entonces no entraréis en el Reino de la Felicidad.

Si conocéis a alguien que sufra, que pase por una angustiosa vicisitud y que esté en lucha, la única sombra que puede descansar, el único consuelo que le podéis dar es la Felicidad que vosotros habéis gustado, el deleite que habéis fluido al hallar las cosas eternas.

Yo desearía poder daros esta Felicidad de modo que vosotros a vuestra vez, pudierais darla a otros y hacerles sentir su inmensa realidad. Yo desearía poder conducirlos al Reino de la Felicidad porque sólo cuando en él entréis y viváis en sus dominios podréis dar de comer al hambriento, aliviar al dolorido y derramar bálsamo consolador en el alma herida.

Allí debéis vivir vuestra propia vida, obedecer a vuestra propia Voz, hallar a vuestro Maestro y vuestro propio aliento de vida. Esta es la única ambición valedera. Entonces podréis ser del mundo y entregaros al mundo, porque vuestra alma y vuestro cuerpo, vuestra mente y emociones estarán henchidos de Eternidad, y podréis entregaros sin vacilación, sin restricción alguna. Cuanto más adelantéis, mayormente habréis de cultivar este espíritu. No podréis ser felices hasta que hagáis a otros felices, y sólo podréis hacer felices a otros si entráis en este Reino, si habéis obedecido, si habéis escuchado el susurro de la Voz de lo Eterno. Sólo así podréis guiar a la gente, sólo así podréis darle felicidad y alentarla en la lucha por la nobleza, estimularla para que escuchen sus propios murmullos de Divinidad. Al luchar sufrirán, pero todo sufrimiento y toda lucha son parte del proceso hacia la cumplida hazaña, y esta hazaña es el hallazgo de la Felicidad. Esta es la verdadera brisa de las montañas que os embriaga de Eternidad y os infunde la inmensa fortaleza para estar solos.

El árbol de la cima de la montaña debe naturalmente ser mucho más robusto que el de la llanura, porque recibe todos los aires del mundo; sus raíces son más hondas porque ha de resistir a impetuosos vientos: Debe ser mucho más digno y noble porque está más cerca del cielo; recibe los primeros rayos de la aurora y está más cercano a las estrellas.

Exactamente lo mismo debe sucederos si queréis entrar en aquella región de absolutividad; debéis tener hondas raíces porque estáis más cerca de los Dioses, y más profundas angustias de crecimiento, porque veis los primeros rayos del sol. Y cuando os halléis en aquella altura, os daréis cuenta de la ilusión, del Maya, de la inutilidad de las cosas transitorias y percederas. Me fortalece la idea de semejante árbol solitario, que siempre

vive en el puro aire de las montañas y que, de día en día, acrecienta su fortaleza, y que sólo puede abatirse cuando la montaña deje de subsistir.

Este es el espíritu que Él nos da; este es el espíritu que debemos poseer para comprenderle; esta es la única Felicidad, la única convicción valedera, el único medio de mantenerle a Él en nuestro corazón, el único medio de seguirle, pues no pensamos ni sentimos que somos diferentes porque no pertenecemos a estrechas sectas, porque hemos bebido en la fuente de la realidad, porque hemos estado allí y somos capaces de llegar a los cielos, y deseamos que otros vengan y gusten la misma duradera felicidad.

Esta es la única verdad que cualquiera que sea inteligente, dichoso o desventurado, puede y debe aceptar. Si tenéis este personal conocimiento, llegaréis a ser como el árbol que subsiste eternamente, bajo cuya sombra pueden los hombres descansar, un árbol que sólo medra en el Reino de la Felicidad.

Debéis echar alas, nuevas alas cada día, para volar a aquella altura; y sólo os podrán crecer las alas si constantemente os remontáis, os explayáis, acrecentáis y lucháis; esto significa que debéis mejorar cada día, que debéis desprenderos de todo cuanto os entorpezca, ate y restrinja, de todo cuanto no os dé absoluta libertad y que os ligue a las ilusiones de la vida.

Este es el único medio de adelantar, de tener renovadas energías, nuevos deleites. Y solamente con nuevas alas podréis remontaros a las alturas.

Siempre debéis sentir amor. Todo cuanto vive, todo cuanto se mueve o no se mueve, ha de impulsaros a intensificar vuestro amor. Así como deseáis que todos moren en el Reino, así también habéis de querer congregarse en torno vuestro todas las cosas de dicho Reino. Y cuando cada uno de vosotros pueda dilatar el Reino de la Felicidad, echaréis de ver que las formas externas carecen de importancia intrínseca, y que vuestro verdadero valor consiste en llevar a otros a este Reino. Por esto desearía poder daros una parte o toda la Felicidad que yo hallé. Habiéndola gustado una vez puedo gustarla de nuevo; habiéndola realizado una vez, puedo siempre realizarla de nuevo; pero quien no la haya gustado, quien no conozca su opulencia y hermosura, no podrá darse cuenta de la plenitud y gloria de la vida. Pero cuando una vez la haya gustado, nunca jamás le satisfarán las cosas transitorias. Por esto quisiera yo daros y haceros gustar y respirar mi Felicidad, llevaros a vivir en mi Reino.

Por esta razón debéis despertaros y abrir todas las puertas y ventanas de vuestra alma y salir en busca de la única realidad de la vida. No debéis disiparos en febriles y vanos intentos ni andar por tenebrosos pasadizos y callejuelas, sino buscar los parajes luminosos, la mansión de la Verdad, el Reino de la Felicidad, donde debe residir cada uno de vosotros.

En aquel estado de éxtasis, de intensísimo gozo, habiendo perdido lo único que os mantenía sujetos, el yo inferior, hallaréis la única fuente de inspiración, la única belleza que necesitáis, la única verdad digna de adhesión, merecedora de que la poseáis, de que por ella luchéis y de que por lograrla sacrifiquéis todo lo demás. Debéis tener esta ambición (no encuentro palabra mejor apropiada), debéis tener el intenso deseo de entrar en el Reino; y entonces, cualesquiera que sean vuestras acciones, llevarán el sello de la Eternidad y doquiera estéis seréis el emblema de este Reino.

IX

EL ALTAR DEL MUNDO

Debéis tener claramente entendido que nuestro único fin ha de ser el logro del íntimo convencimiento de una verdad incapaz de duda ni quebranto. No es posible infundiros esta Verdad; habéis de alcanzarla por vosotros mismos, y sólo la alcanzaréis si despertáis y escucháis la interna Voz. Toda acción, todo pensamiento, toda idea ha de dimanar de la Verdad que por vosotros mismos descubráis y comprendáis. Esta verdad no puede ser comunicada ni transmitida de uno a otro. Todos los grandes Instructores han insistido en este punto, en que habéis de hallar la Verdad por vosotros mismos, y que después de hallarla y comprenderla habéis de vivir de acuerdo con ella. Entonces seréis la personificación de esta Verdad y al propio tiempo el predicador, el signo indicador en el camino de la Eterna Felicidad.

Para comprender esta idea, debéis vivir de acuerdo con los dictados de la Verdad y dignos de ella han de ser vuestros deseos. Debéis tener el impulso para crecer en vuestro natural ambiente como hermosa y naturalmente crece una flor, que mientras está en capullo seguramente conoce cuál ha de ser su plenitud, que un día verá el fulgor del sol y que perfumará al mundo. Así cada uno de vosotros, durante el periodo de crecimiento ha de pensar y meditar en la luz y verdad que os sobrevendrá en el momento de vuestra plena floración.

Sólo podréis gozar de aquel fulgor, de aquella energía, de aquella delectación si escucháis la Voz y no aceptáis ciegamente la autoridad y la tradición ajenas, de las cuales habéis de prescindir. Dicho de otro modo, habéis de ser vuestro propio legislador y vivir de conformidad con vuestras ideas e intuiciones que son el resultado de la experiencia de ésta y otras vidas. Sólo hay una ley, sólo un Nirvana, sólo un Reino de la Felicidad, sólo una

Esencia; y si comprendáis esto cumplidamente actuaréis de conformidad con esta comprensión. Cuanto más adelantéis y más penséis y más sufráis, más cerca llegaréis de esta Esencia, de esta Unidad, de esta eterna Verdad.

Estaréis propensos a dudar, a discutir, a una gran agitación interior hasta que por vosotros mismos escuchéis y adquiráis esta verdad.

Mientras procuramos comprender, debemos tener la conciencia del sabio y no del loco; debemos tener la conciencia de quienes percibieron la Visión del más noble aspecto de la vida y no la conciencia de las gentes ruines e ignorantes con sus ideas y conceptos.

Y si queréis evitar esta ruin coincidencia, este débil susurro de la voz, debéis comprender enteramente lo que significa el Reino de la Felicidad, lo que significa la ley, lo que significa la verdad.

Así como la lluvia cae en la tierra y alimenta toda clase de árboles, toda especie de plantas y todas las flores, así esta única Esencia fluye por todas las cosas sin distinción. Las manos del alfarero moldean la arcilla y dan forma a hermosas y útiles vasijas, algunas de las cuales servirán de florero, otras para contener arroz o requesones, mientras que otras serán vasos de impureza. Pero todas salen de las mismas manos y son de la misma arcilla, el producto del mismo torno que incesantemente gira. Todos somos los mismos en esencia, pero diferentes en el mundo de las formas, y según esta diferencia varía nuestra comprensión de la Verdad. Cuanto más grandes seáis y más hayáis sufrido y más hayáis gozado, más cerca estaréis de la unidad de esta Esencia. Esta es la única Ley, la única aspiración que puede guiaros al Reino de la Felicidad. Únicamente podrá proporcionarnos duradera felicidad el reconocimiento de una misma Esencia en todas las cosas, diferentes en su externa forma, y de la vida a la luz de este conocimiento.

Algún tiempo se tarda en llegar a esta comprensión; y para comprender la verdad debéis disciplinar la voluntad y ejercitar la mente, porque la mente y la voluntad son vuestros guías. Pero pueden guiaros por el recto o por el tortuoso sendero; pueden guiaros alejándoos de la personalidad, de los prejuicios, de todas las futasas de separatividad, o bien pueden guiaros hacia el pensamiento de que sois diferentes de los demás. Si tenéis la mente discernidora, que a costa de muchas experiencias y sacrificios aprendió a distinguir entre lo real y lo irreal, entre lo permanente y lo transitorio, entonces os guiará la única Ley, entonces podréis caminar por el solitario sendero. Entonces daréis de mano a inútiles experimentos porque habréis aprendido a sacrificarlo todo por esta única Felicidad. Habéis de aprender a sacrificaros, a sacrificar vuestras predilecciones, vuestros prejuicios, vuestros mezquinos afectos egoístas, vuestros lazos mundanos a fin de caminar por el sendero de la felicidad.

No halléis este sendero porque yo os lo diga ni por marbetes que pueda yo ofrecer os ni porque os amparéis en la autoridad ajena. Habéis de hallarlo porque así lo deseáis, lo anheláis y queráis espontáneamente buscar la Verdad. Habéis de crecer como crece la flor, hermosa y naturalmente, porque de su propia índole es desenvolverse y ser dichosa.

Sólo podréis hallar la Verdad ejercitando vuestra voluntad, la voluntad que hayáis disciplinado y cuidadosamente vigilado y dirigido y alimentado con manjar a propósito; y hasta que tengáis tal voluntad, notaréis que en vez de triunfar, en vez de cumplir hazañas, no estáis haciendo más que febriles intentos; que en vez de vencer obstáculos lo estáis interponiendo; que en vez de gritar desde las cumbres de las montañas estáis todavía gimiendo en los valles.

Todos debemos reconocer que no hay más que una Ley, una Aspiración, una Verdad, un Reino de la Felicidad; y que sólo podréis entrar en este Reino si vivís de acuerdo con aquella Ley, equivalente al reconocimiento de la unidad de la vida, de la unidad esencial de todas las cosas. Este concepto (al menos respecto a mí) me infunde el intenso sentimiento de que nada tiene real importancia; me da la sensación de absoluta certeza que seguramente infunde el sentimiento de absoluta paz interna, imposible de quebrantar, que nadie puede sustraer ni pueden trastornar mis transitorios infortunios, mis transitorios sufrimientos, ni puede cesar aunque pierda el afecto ajeno o la estimación de las muchedumbres; porque es mi propia flor, mi propia creación, mi tesoro que nadie en el mundo me puede arrebatar.

Cuando tengáis esta paz, tendréis poder y obraréis a vuestro albedrío. Podréis permanecer en la cumbre de la montaña, solos o rodeados del mundo entero, porque habréis pasado por experiencias, sufrimientos, placeres y alegrías; y cuando tengáis esta paz, este poder, seréis reales, y doquiera estéis, estaréis siempre viviendo en este Reino.

¿Habéis visto alguna vez en una central eléctrica las gigantescas dinamos que generan electricidad, y las enormes ruedas de transmisión? Están relativamente silenciosas; y sin embargo, sabéis que sin cesar generan energía, inmensa fuerza. Debéis ser una tal dinamo de energía, dignificada y equilibrada; pero sólo llegaréis a serlo si comprendéis la única esencia de vida, la unidad, y escapáis de Maya, de la irrealidad. Así obtendréis plenitud de propósito sin el cual ninguno de nosotros puede ser feliz, ninguno de nosotros puede evolucionar. Debéis tener un propósito de vida e interés en la vida. La mayoría de nosotros vivimos en una casa de muchas barreras, indiferentes respecto de si saldremos a ver la fuente de luz, o permaneceremos satisfechos con un mero reflejo. Si tenéis este propósito os infundirá determinación, os dará voluntad y llegaréis a vuestra meta. Una vez os hayáis hallado a

vosotros mismos nadie podrá deprimiros ni nadie desdeñaros ni interponer barreras; y llegados por vuestro propio esfuerzo a vuestro destino, a vuestro altar, a vuestro templo, haya allí o no otros adoradores, podréis adorar con mayor entusiasmo y esplendor.

Una vez hayáis cultivado estas capacidades, hallaréis que se afirman otras cualidades igualmente importantes para la comprensión de la vida. La paciencia que os dará un sentimiento de mental bienestar; la restricción y el equilibrio, tan necesario para expresar externamente vuestra comprensión de la Verdad y la cooperadora independencia. Debéis ser independientes; debéis ser libres mental, emocional y físicamente; y sin embargo, habéis de aprender a cooperar. Porque todos caminamos por el mismo sendero hacia el mismo fin y obedecemos a la misma Ley y a la misma Voz. Una vez hayáis reconocido la universal Ley de la única vida en todas las cosas, entonces viviréis con verdadera amistad y afecto hacia todos los seres.

Solamente entonces podréis daros cuenta de la dicha o del infortunio de los demás.

Quienes de nosotros buscamos este Reino no debemos esclavizarnos a tradiciones antiguas o recientes sino que debemos vivir una nueva vida porque hemos comprendido el propósito o finalidad de la vida. Quienes aquí vengan si vienen a vivir y trabajar, si vienen a aprender a sufrir, porque no han sufrido antes, si vienen en busca de placeres y dichas de la Divinidad, han de estar inspirados por esta única Ley y deben entrar en este único Reino de la Felicidad. Todos debemos estar animados de la misma esperanza, de la misma vivacidad, aunque nos envuelvan las nubes y quedemos un momento sin sol. Este lugar debe producir nueva energía creadora, nuevas ideas de vida, antiguas y olvidadas soluciones de nuestros modernos problemas, un más puro aliento de vida cuya fragancia embriague al mundo.

Todos debéis entrar en el Reino de la Felicidad y beber en la misma fuente y adorar en el mismo altar porque Aquel a Quien adoramos es nuestro altar, porque Él es la Fuente de todas las cosas. Él está más allá de los argumentos, de las disputas, de las ambiciones y luchas personales. Él es nuestro ser. Mientras reconozcáis esta Ley, mientras luchéis noblemente, comunicaréis un nuevo conocimiento de la vida, infundiréis un nuevo impulso de felicidad a los afligidos. Para esto debéis venir aquí; para adquirir fuerza para edificar; para calmar las heridas de vuestra vida; y en cuanto estén calmadas, en cuanto estéis apaciguados, en cuanto tengáis esta paz, podréis compartirla con los demás.

Este no es un lugar a propósito para buscar nuevos marbetes ni satisfacer vanidades personales; este debe ser el lugar donde cada cual viva tan gravemente como pueda, tan vigorosamente como pueda, tan eventualmente como pueda, de conformidad con esta eterna Ley. No debéis hacer de este lugar un páramo de falsos ideales ni habéis de convertirnos en seres domesticados; no debéis crear pequeños dioses ni adorar en pequeños santuarios; esto lo podréis hacer en cualquier otra parte, pero no es lo que aquí necesitamos; esta es la siniestra clase de adoración, la siniestra clase de actitud, la devoción de siniestra índole. Una vez hayáis bebido en esta fuente no necesitaréis adorar en ningún lugar del mundo. ¿Quién desearía adorar a la luz de una vela, cuando tiene a su disposición el sol? Pues precisamente esto es lo que estáis haciendo de continuo: Defender la pequeña adoración en pequeñas casas, en pequeñas celdas. Aquí procuramos erigir el altar mayor en donde toda la humanidad pueda adorar.

De más en más me convengo de que todo esto lo debéis hallar por vosotros mismos. Ha de ser parte de vosotros.

Yo puedo exhortar, puedo conversar, clamar, sentir por mí mismo el estremecimiento de felicidad de este Reino, y acaso logre encender en vosotros un poco de entusiasmo; pero a vosotros toca hacer el esfuerzo. Vosotros debéis tener la verdadera y persistente ambición, la ambición de llegar a vuestra meta, de entrar en el Reino de la Felicidad donde está la belleza que da positivo gozo, donde está la única Verdad digna de indagación, donde está la ley por sólo la cual podéis vivir.

Debéis ser libres para prosperar, libres para sentir, libres para luchar. Mi comida y mi bebida no sirven para manteneros sanos. Si así fuese, mañana mismo quedaría salvado el mundo.

Yo podría proveerme de los mejores manjares del mundo; pero vosotros debéis nutrir vuestra alma y darle las apropiadas condiciones, el adecuado ambiente, las convenientes eventualidades para capacitarla, para progresar y vivir magnamente. Cada uno de vosotros debe hallar, si ya no la ha hallado, su propia Voz, su propio rayo de sol; debéis tener esta agitación, esta ansiedad, esta aspiración. Cuando hayáis hallado la Voz, os aseguro que tanto os importará residir en un castillo como andar desnudos con el cuenco del mendicante, porque habréis hallado lo único por lo cual podréis vivir eternamente. Sólo entonces seréis capaces de lograr que otros sientan y vivan dichosamente.

Si me habéis escuchado con verdadero interés, creo que debe haber alboreado en vosotros y os debéis haber dado cuenta de que para entrar en esta mansión de Felicidad debéis estar libres de todo cuanto aprisiona y que os mantiene apegados a la tierra, a las tristezas, a los placeres y a las diversas agitaciones; y que evitar todo ello y quedar libres significa alcanzar la iluminación, el Nirvana, obedecer la única Ley, y entrar en el único y absoluto Reino de la Felicidad. También significa que habéis de estar libres de karma; significa que en el pasado, sobre el que ya no tenéis dominio alguno, habéis cometido errores y lo que se llaman pecados y habéis hecho juicios equivocados, que trajeron en consecuencia los entorpecimientos y aflicciones que siempre entraña el karma. Pero sobre el presente y el futuro tenéis dominio; podéis regir el futuro por el presente y eliminar así la ilusión de tiempo y espacio. Los que tratáis de comprender y os esforzáis en llegar a esta mansión y en ser parte de este Reino donde mora la eterna Felicidad. Debéis saber que ni en el presente ni en el porvenir debéis acumular más karma ni levantar nuevas barreras entre vosotros y vuestra meta. Esto significa que debéis vigilar, que debéis tener plenitud de recordación propia, que os habéis de examinar solemne y gozosamente de modo que cualesquiera que sean vuestras emociones, pensamientos y obras no puedan en modo alguno impedirnos entrar en este Reino. Las puertas de este Reino no están cerradas, porque no tiene en realidad puertas ni barreras; vosotros fabricáis las barreras, las puertas y el portero. Únicamente podéis regular el karma por cuidadoso pensamiento, por introversión, por examen de las menudencias de la vida, de todos vuestros pensamientos, de las dichas y placeres de vuestra vida cotidiana.

La introversión no significa la morbosa concentración en sí mismo con exclusión de los demás.

Por el contrario, la introversión o examen propio ha de ayudaros a cultivar y estimular el crecimiento de vuestros cuerpos mental, emocional y físico de acuerdo con vuestro único y supremo deseo. Como enredadera cuyo instinto es medrar en todas direcciones en vez de seguir un solo camino, así vosotros propendéis más y más a extraviaros, a menos que un prudente jardinero gobierne vuestra mente y vuestro corazón como gobernaría la enredadera.

La introversión, según he dicho, no debe propender a la morbosidad ni al abatimiento, sino que debe emplearse con un sentimiento absolutamente impersonal, como el estudiante que va diariamente por su camino a cumplir con su deber.

Sin la introversión, sin esta solemne inquisitoria y reiterado examen no construiréis vuestro carácter; y sin carácter, sin cualidades lógica y sistemáticamente desenvueltas en toda su amplitud, seréis como leño muerto, sin vida, sin las inherentes cualidades necesarias a quienes desean obedecer, crear y vivir noblemente.

Cada uno de vosotros debe ser capaz de ofrecer algo en el altar; cada uno de vosotros ha de traer flores en la canastilla cuando venga al templo; flores plenamente abiertas que den su deliciosa fragancia, hermosa y dignificada. Cuando lleguéis con estas flores al altar, entonces seréis aceptables; pero si llegáis con la canastilla vacía y sólo deseáis adorar sentimentalmente, sin divinas capacidades bien desarrolladas, seréis inútiles.

Debéis tener algo que dar. No podéis decir simplemente: “Me he entregado yo mismo”. Cada uno de nosotros puede decirlo así porque tenemos muy poco que dar. Es como si un hombre que nada poseyera dijese: “Yo entrego el mundo”. Pero si un varón de experiencia, si el que ha comprendido y vencido al mundo entrega sus riquezas y sus glorias, entonces es valiosa su renunciación, porque tiene experiencia, porque ha sufrido y su renuncia es un ejemplo para todos. Cuando quien no tiene rosas en su jardín dice: “Doy todo cuanto poseo” es de poco valor su ofrenda, porque su devoción y su inteligencia son cortas, y cuando algo ofrece no hay belleza en su actitud, mientras que será aceptable un hombre inteligente, devoto, enérgico y vigoroso que renuncie a todo y vaya en pos de su ideal.

Aunque no tengáis grandes aptitudes ni mucha inteligencia ni seáis muy devotos y enérgicos, podréis al menos ofrecer un carácter formado, una definida acción, una flor cultivada en vuestro jardín y que hayáis mantenido viva entre las tribulaciones.

Cuando al altar vengáis con semejante don, por pequeño que sea, será valioso, porque significará que habéis aprendido a dar cosas aceptables, valiosas y dignas. Y como antes dije, ha de llegar y llegará un día en que aquella Voz, aquel Tirano, os diga que renunciéis a todo y que sigáis; y debéis estar preparados para entonces. Habéis de tener vuestro jardín bien escardado y cultivado con las flores dispuestas para ser cortadas. Entonces podréis dar vuestra devoción, vuestra inteligencia con mayor conocimiento y certidumbre de que serán utilizadas porque las disciplinasteis, las cultivasteis, y sabéis cuáles son sus capacidades, y que sois los dueños de ellas. Y cuando hagáis un sacrificio (si a esto se le puede llamar sacrificio, pues seguís vuestro gusto, vuestra dicha, y en esto no hay sacrificio), cuando vengáis con las flores al templo, el Sumo Sacerdote de este templo, que es vuestra Voz interna, vuestro Gobernador y Legislador, las tomará y utilizará, las nutrirá y hará más hermosas, y alentará en ellas y les infundirá Divinidad.

Mientras andáis errantes y a tientas es indispensable que no ceséis de formar este carácter, que maduréis este fruto, a fin de cosecharlo oportunamente y alimente y deleite a otros. Por esta razón es tan necesario vigilar, estar despiertos, y hacer el propio inventario. No hemos de dormir aunque podamos soñar. Hemos de mantenernos

despiertos, pero podemos tener nuestras tranquilas visiones. Cuanto más vigilantes y alerta estéis, mejor podréis luchar contra las pequeñeces engendradoras de Karma, que os atan a esta rueda de nacimientos y muertes, a este torbellino, a este perpetuo foco de aflicción. Si desecháis todas estas cosas viviréis en este Reino; y sólo podréis desechárlas si tenéis la mente bien disciplinada y cultivada, las emociones bien nutridas y refinadas y un cuerpo completamente sojuzgado. Este inventario, esta introversión, este examen de todas las cosas grandes o pequeñas ha de hacerse diariamente; y así debéis meditar, pensar y reflexionar a fin de que de día en día vayan desapareciendo aquellos leves impedimentos y menudas flaquezas. De esta suerte podréis crear por meditación.

Lo mismo sucede con las emociones. Debéis purificarlas, hacerlas impersonales, vigorizarlas y eliminar de ellas todo tinte de mezquindad, egoísmo, envidia, leves enojos y todas las menudas inquietudes que acaban por convertirse en formidables obstáculos. Vuestra mente y emociones deben funcionar con perfecta facilidad. Y cuando tengáis tal mente y tales emociones os será fácil dominar el cuerpo; será fácil apartaros de los deseos, necesidades y sufrimientos del cuerpo, y tratarlo como trataríais un magnífico vestido. Si me permitís que os hable de un asunto personal, recuerdo que cuando yo estaba en Ooty, en las Nílgiris de India hice experimentos conmigo mismo, no muy fructíferos al principio, para tratar de descubrir cómo podría yo desprenderme del cuerpo y verlo tal como es. Después de dos o tres días o acaso una semana de experimentación, noté que durante algún tiempo pude separarme fácilmente del cuerpo y contemplarlo objetivamente. Estaba yo junto a mi cama, donde yacía mi cuerpo, y experimenté una extraordinaria sensación. Y desde entonces he experimentado un distinto sentimiento de despego o división entre gobernante y gobernado, de modo que aunque el cuerpo tiene sus ansias, sus deseos de ir de aquí para allá y vivir y gozar separadamente por sí mismo, no estorba en modo alguno al verdadero yo.

Por esto debéis disciplinar todos vuestros cuerpos, el mental, el emocional y el físico, de modo que cada cual tenga existencia independiente y sin embargo cooperen mutuamente. Así la mente podrá decir a las emociones: sentiréis tal y tal cosa y no pasaréis de ahí. Y la misma demanda pueden hacerle al cuerpo las emociones. Así sois tres diferentes seres, y en este conocimiento tenéis motivo de diversión y aventura. En vez de ser una persona sois tres separados seres, de suerte que tenéis el punto de vista de tres, el karma de tres, los intereses de tres y los placeres de tres. Así aprenderéis a ser parte del mundo, parte de todo el sistema, en vez de ser un individuo particular, de modo que os entrefundáis con vuestros tres seres en los innumerables millones de seres. Todos luchan en las mismas filas aunque se expresen de diversos modos. Y si podéis experimentar este placer, si podéis disciplinar estos tres seres, os libentaréis de muchos grilletes de vuestro karma; os veréis libres y podréis alejaros de todas las cosas y entrar y morar en este Reino. Ello os dará diferente comprensión, diferentes placeres y diferentes alientos de vida. Necesitáis probar las tristezas de la experiencia; necesitáis absorber, aprender, observar y hacer todas las cosas, y sin embargo libraros de los grilletes que entrañan. Sois el extremo observador que discierne, pesa, pondera y juzga; y si sois capaces de esto cada día, a cada hora y a cada instante, pero no con demasiada seriedad ni falta de humorismo, veréis abiertas las puertas de esta morada y podréis entrar, salir, sentaros y adorar en donde y cuando os plazca.

Este es el único placer de la vida, el único deleite de que un hombre inteligente puede disfrutar, pues al fin y al cabo un hombre inteligente nunca estará durante mucho tiempo satisfecho del mundo; ha de vislumbrar algo más allá, ha de tener sueños y visiones y vivos anhelos. Y aunque muy pocos de nosotros hay verdaderamente inteligentes, aunque muy pocos de nosotros tienen este sentimiento de aventura, el anhelo de descubrir algo nuevo, siempre podemos suscitarlo, siempre podemos derribar las barreras y abrir los postigos que interceptan la luz, que oculta la Verdad.

Y entonces podremos complacernos y de veras deleitarnos en soñar, en ver potentes visiones, porque, estos sueños y estas visiones son la Verdad, son realidades, son nuestro espiritual alimento, y por esto sólo podemos vivir, por esto sólo podemos sobrevivir. Debemos tener sueños, debemos tener visiones. Por muy prácticos y positivos que seamos, debemos tener este misticismo, esta vida de todos recatada. Hemos de tener nuestro peculiar cañamazo, nuestra tela en la que pintemos un cuadro que vamos mejorando y alternando en el transcurso de la Eternidad que siempre nos da la satisfacción de crear, de renovar, de hacer lo que realmente queremos hacer, y que nos precave de la terrible satisfacción egoísta, de aquella sensación de permanecer siempre en el mismo círculo, en el mismo redil. Esta es la única Verdad que cada uno de nosotros necesita poseer. Una vez hayamos entrado, visto, soñado, podremos siempre volver y vivir en nuestro Reino.

XI

EL JARDÍN ENCANTADO

Quisiera haceros entrar en el Reino de la Felicidad, vivir en aquella realidad, respirar aquel aire de inmensa pureza y que os gozarais y deleitarais en este Reino.

Quisiera poder haceros entrar en mi corazón y mi mente y que vierais las cosas tal como son y percibierais el mundo tal como es y vivirais conmigo en todo cuanto de veras es duradero y permanente. No quiero, ni os pido, ni os incito, ni en modo alguno os fuerzo a vagar por ignotos campos, a gozaros en cosas desconocidas y no experimentadas ni recordadas. Porque conocéis esta Eterna Morada, esta Verdad, estas realidades, porque habéis visitado este Reino, vivido en él, gozándoos en él y deleitándoos en él, deseo que permanezcáis, en aquel Reino, en aquel mundo real, para andar por él y después volver a este otro mundo irreal, transitorio, para vivir aquí constantemente en lo Real. La mayor parte de nosotros consideramos el verdadero Reino, la Realidad, como si fuese una cosa extraña, como si hubiésemos de entrar en algún lugar desconocido, siendo así que este mundo de sensación es el desconocido, el transitorio, el trivial, el que no tiene la más mínima importancia.

Una vez hayáis entrado en este Reino, una vez respiréis su frescura, quietud y sosiego, ya no os será posible olvidar las cosas reales, las cosas que son el aliento de vida, las cosas importantes. Ya nunca más dudaráis ni volveréis a sufrir. Sólo entonces conoceréis que no seguís ciegamente ajenos pasos, pues sólo entonces seguiréis a lo Absoluto, a lo Eterno. Solamente entonces seréis uno con Él que tiene Su ser en todas las cosas. Sólo entonces podréis persuadir y tener la lengua de erudito, el corazón de sabio y el compasivo. Sólo entonces seréis capaces de enseñar realmente a las gentes lo que significa librarse de la tristeza, de todas las menudencias que los perturban y abaten en su vida diaria.

Por esto habéis de hallaros a vosotros mismos; por esto debéis escuchar aquella Voz y sufrir y aprender por las pequeñeces de la vida diaria.

Porque cuando os halléis le hallaréis a Él y llegará Él a ser parte de vosotros y estará Él donde estéis y no será una separada entidad, un separado ser que viva en espléndido aislamiento.

Donde estáis allí está Él, y donde yo estoy, allí está Él, y cuando alguien ha vivido y gozado en este Reino, está con Él. Por haberos hallado a vosotros mismos habéis hallado el verdadero Ser; y una vez hallado, podéis volver a la Fuente. Tenéis entonces la clave de todo conocimiento, podéis ser parte de la Eterna compasión, de la Eterna fuente de todas las cosas. Quisiera poder haceros mirar y percibir todas las cosas por vosotras mismos.

Ayer estaba yo sentado en la avenida frontera a este castillo. Sabéis cómo crecen aquí los árboles, unos bajos, otros altos, y cómo en conjunto forman una glorieta alrededor de los troncos; allí vi yo mi Gloria, mi Felicidad, todo cuanto para mí es real, la fuente, la vida de todos los árboles, de todas las cosas vivientes. Cuando una vez le hayáis visto a Él, viváis en Él y tengáis vuestro ser en Él, estaréis entonces eternamente en aquel jardín, y no como un extraño que desde afuera sólo mira unos cuantos troncos de árbol, unas cuantas rosas, unas cuantas flores.

Hay dos tipos de personas: Los que están en este delicioso, fresco, bello y tranquilo jardín donde se oye el suave murmullo de millares de voces, donde el ambiente todo está vivificado por el sentimiento de eterna Belleza y se experimenta la sensación de poder, la sensación de paz y de asombrosa energía y realidad; el otro tipo son los que están fuera de este jardín y miran solamente las copas de los árboles, unas cuantas diseminadas flores, donde apenas hay sombra, donde sólo hay tenue follaje y unas cuantas ramas muertas de la última estación. Una vez hayáis entrado en este jardín podréis dar a otros la llave y persuadirles a que entren por sus propios pasos.

Podéis convencerles de que este jardín, este Reino no tiene barreras, aunque pueda haber una superficial valla construida por los humanos pensamientos y emociones. Una vez entréis dentro, ya no miraréis el mundo interior desde el exterior, sino que miraréis el mundo exterior desde la Verdad, desde la fuente de todas las cosas, desde el verdadero ser.

Una vez tengáis esta llave, podréis siempre salir, mirar el tenue follaje, ver las ramas muertas, los residuos de las marchitas flores de la última estación; podréis entonces salir en busca de experiencias, porque habéis entrado en el jardín y encontrado allí el verdadero conocimiento, la verdadera Felicidad.

Por esto si yo pudiera os arrastraría hasta el jardín por fuerza o por cualesquiera otros medios, porque una vez hubieseis echado una mirada al interior del jardín y percibido tan sólo una pasajera visión, nunca ya os satisfaría el externo efecto de las cosas; siempre querríais volver para gozar de aquella visión, ampliada, glorificada, y extendida; y mil terrores os acosarían si estuviereis fuera. En el momento en que entréis en esta morada de lo Eterno, ya no tendrán importancia aquellos terrores ni las fútiles cosas y se desvanecerán las dudas, las inquietudes y los pasajeros sufrimientos; porque entonces viviréis en el oculto mundo donde sólo viven unos pocos, únicamente los que en realidad sufren, los que buscan conocimiento, los verdaderos creyentes e investigadores. Debéis ir a dicho mundo porque es el único mundo duradero, el único mundo donde podéis hallar la Verdad. En otros mundos estáis sujetos a crear aflicción, supersticiones, dogmas y todas las irrealidades que crea cada uno de nosotros. En aquel mundo cesáis de existir individualmente. Sois entonces parte de todas las cosas, parte de la más diminuta hoja y el más alto y corpulento árbol, porque sois parte de El y el mundo aquel es Su jardín, Su morada, Su Reino, el eterno Reino de la perenne Felicidad.

Allí es donde todos vivimos, donde vivo yo. A todos nos ha de conmover la misma Voz. Podéis ver cuan mucho más inspirador, apetecible y venturoso es aquel mundo en comparación de éste. Más para alcanzarlo habéis

de disciplinaros, habéis de escuchar aquella Voz tan armónica, tan pura, tan solícita que os excita a seguir siempre adelante hasta que entréis en este Reino, en este jardín, el más hermoso paraje del mundo y de todos los mundos.

Porque es mi morada, porque es mi fuente, quisiera que vivierais conmigo, quisiera compartir con cada uno de vosotros lo que yo he hallado. Cuando lo gustéis por vosotros mismos como lo gusté por mí mismo, nunca podréis perderlo completamente, sino siempre lo hallaréis de nuevo. Si no lo buscasteis, si no luchasteis por alcanzarlo, no podréis saber lo que significa ni conoceréis su poder, las estimulantes ambiciones, el éxtasis, la embriaguez. No es mero sentimiento ni emoción, sino la genuina Verdad, la esencia de todas las cosas, y por esto es tan vital, tan real; por esto si queréis hacer grandes cosas, si queréis crear magnamente y vivir con nobleza, debéis entrar en este Reino, vivir en este jardín, gozar de la sombra de este jardín y del aroma de variadas flores y del zumbido de las abejas.

Vivir en este jardín significa que vivís dignamente, que vivís noblemente, en el pináculo de vuestra perfección; y todo lo grande y duradero ha de hacerse en esta morada, ha de dimanar de esta fuente, ha de tener su origen en este Reino. Todas las pruebas, todos los intentos y acciones fracasan cuando no son duraderos, cuando son transitorios y mudables, mientras que si todo cuanto hacéis lleva el sello de este Reino, será aceptable a todos los hombres, a todos los dioses, a todos los reinos de la Naturaleza, porque este Reino es el Reino de los dioses, el Reino de los ideales, la fuente de todos los sentimientos, de todas las acciones.

Debéis saber por vosotros mismos que buscáis este jardín, esta morada, y una vez lo sepáis, ya no habrá necesidad de que os esforcéis en adheriros a él, pues jamás os dejará. No habéis de temer que se os escape, que se desvanezca a causa de vuestras insensatas acciones, menudos deseos y leves inquietudes. Como una bella imagen o amable visión, siempre vuelve en momentos de tranquilidad o de gran incertidumbre. Siempre lo tenéis en vuestro trasfondo; siempre podréis retiraros a este jardín, siempre podréis escaparos de este mundo ilusorio.

Debéis hallaros vosotros mismos y hacer que truene esta Voz. Habéis de tener mil terrores e innumerables controversias hasta que halléis esta Voz. Hasta entonces no gozaréis de paz ni de sosiego ni de contento ni de felicidad. Todas las otras cosas son ilusorias. Este es el supremo ideal, la esencia de la inteligencia.

¿Habréis observado como los estanques y las aguas tranquilas, bajo un cielo completamente despejado reflejan toda leve sombra, cada ave que por allí pasa, cada nube impedida por la suave brisa? De repente llega un menudo insecto, perturba la tranquilidad del agua y se desvanece la visión. El menudo insecto en la superficie del agua perturba toda la belleza del mundo; pero cuando se marcha el insecto vuelve una vez más la tranquilidad, la calma, la perfecta pureza del reflejo. Debéis apartar este menudo insecto; lo habéis de matar sin compasión; es el separado yo.

Mientras podáis reflejar con certidumbre, con el conocimiento de que vuestro reflejo es tan perfecto como el mismo Reino, mientras vosotros mismos seáis este reflejo, ningún insecto ni viento pasajero agitará las tranquilas aguas de vuestra vida. Sólo podréis reflejar la pureza de este Reino cuando halléis vuestro verdadero Yo, cuando viváis eternamente en vuestro Reino y sea Él vuestro eterno Compañero.

Entonces disfrutaréis de aquella absoluta paz, de la paz que infunde enorme fortaleza y poder, porque os hallasteis a vosotros mismos, porque habéis vivido con las cosas permanentes, eternas, y dignas de posesión. Desearía poder incitaros a la acción y al modo como debéis crear, soñar, percibir y vivir.

Pero vosotros mismos debéis incitaros, aplicaros el látigo; y sólo sentiréis el escozor de este látigo cuando oigáis aquella Voz. Siempre llama, siempre insiste esta Voz; y cuando más truene, mayor será la nobleza de vuestras acciones, mayor será vuestra fortaleza y más vivo vuestro deseo, más vehementes vuestros anhelos y más noble vuestra aspiración de entrar en el jardín, en el eterno Reino de la perenne Felicidad.

XII

EL ETERNO COMPAÑERO

Así como el trueno nace a la fuerza, la amenaza y el misterio, así es la Voz de la Verdad en un varón fuerte. Así como el estampido del trueno se extiende de montaña a montaña, y así como cada montaña lo recoge y lo transmite a la otra, así es la Voz de Él, de nuestro Gobernante, nuestro Legislador, nuestro Guía y Amigo en quienes siguen la absoluta Verdad, la Verdad de su propia creación. Como la montaña tan llena de dignidad, de majestuoso sentimiento, así es el hombre que se halló a sí mismo, que creó su propio ideal, que a largos pasos se encamina a su meta. Un hombre así es valioso, un hombre así es aceptable, un hombre así debe ser caudillo de hombres, debe crear, debe renovar y fortalecer a lo débiles, a los que están en el valle, a los que están en la llanura, donde el trueno no es tan potente como en la montaña, donde sólo el varón fuerte es capaz de gozar y realmente apreciar el sentimiento de profundo pavor. Mas para el hombre débil, para el hombre de la llanura, no tiene el mismo significado y el sentimiento de belleza, la voz del trueno. El varón fuerte ha de ser el caudillo, ha de ser el jubiloso, porque para él esta Voz, esta belleza, este poder y esta fortaleza significan el fin de la indagación y el

comienzo de una nueva vida. Tal varón fuerte debe ser tan jubiloso como aquellas copas de los árboles, aquellas delicadas ramas, aquellas pocas hojas juguete de los mudables vientos, aquellas hojas que son la delicia del sol, y que estáticas refulgen en aquella brillantez porque están más cerca del cielo. No luchan ni se fatigan; aunque llenas de vital poder, ceden y no saben lo que significa resistir. Son inconscientes de las raíces que les dan fuerza y las mantienen vivas, que crecen hacia abajo profundamente en el suelo, que luchan y crecen continuamente y que mucho sufren porque han de nutrir tan grandes alturas.

Tal fortaleza, tal poder para luchar, tal poder para infundir energía creadora es el Reino de la Felicidad. Si un hombre hallara tal fortaleza y al mismo tiempo tal júbilo, tal lucha y a la par tal éxtasis en la vida, tal crecimiento y a la vez la perfecta forma, hallaría semejante hombre que tiene en su interior un eterno Compañero; tal hombre hallaría que doquiera está, doquiera vive, doquiera respira, no está solo, que la soledad no lo conoce, ni hace extremo alguno, sino que él recorre gozosamente el intermedio sendero que conduce al Reino de los Cielos. Entonces hallará como hallaron tantos induístas amantes de Shri Krishna; que porque deseaban que Él fuese su compañero, porque anhelaban perpetuamente en su corazón estar con Él, se les apareció a cada uno de ellos y fue su compañero, su delicia, su arrobamiento, y Él se apareció diversamente según el grado de evolución de cada cual, según la evolución de la mente y del corazón de cada uno de ellos. Él era lo que ellos querían que fuese; Él era lo que ellos necesitaban que fuese; un Dios o un simple amigo; el magno Actor o un perezoso compañero; el gran creador o un débil destructor. Su forma externa dependía de la mente de quien anhelaba y del corazón de quienes habían sufrido y hallaban un nuevo aliento de vida.

Tal debe ser el caso de cada uno de nosotros que buscamos a Quien es la personificación del Reino de la Felicidad. Se nos aparece como deseamos que se nos aparezca. Es como nosotros somos. Es como nos lo imaginamos. Tal es la razón de que nada importe la etapa evolutiva en que nos hallemos con tal que tengamos este anhelo, este deseo de conocerle, de gozarnos en Él. Esta es la única verdad vital en la vida. Porque Él es la encarnación de todas las cosas; y mientras comprendamos en nuestro corazón la esencia de esta sencilla Verdad, estaremos con Él eternamente. Pero antes debemos tener este deseo, este vehemente anhelo, este intenso ardor, hasta que hallemos el jardín donde podamos crear nuestra propia imagen del Eterno.

Durante los pasados meses le busqué a Él en todas las cosas y siempre he deseado ver las cosas a través de Él.

Mis ojos deben ser Sus ojos y yo debo ver a través de Él todas las cosas, pequeñas o grandes, vivas o muertas. Este deseo ha crecido en intensidad, este deseo ha llegado a ser mi aliento; y como tantos antiguos indios, como tantos místicos del mundo entero que realmente anhelaban la Verdad, que realmente indagaron y sufrieron por Él, como ellos, yo le hallé a Él.

Y desde entonces he vivido en este jardín de variadas rosas y diversos aromas; y en éxtasis respiré el perfumado aire, el único aire que me hace prosperar, que me infunde poder, fortaleza y vitalidad a mi mente, a mi corazón, a mi verdadero ser.

Y como tal fortaleza, sólo puedo dar y no retener.

Pocos días hace, salí a dar un paseo, y mientras caminaba, iba con Él, con mi Eterno Compañero. Anduve un rato y me senté sobre un árbol, sin pensar en nada más que en esta cosa; y miré, y Él estaba sentado frente a mí, y entonces vi cómo la Naturaleza le adoraba. Los árboles y las briznas de hierba y el viento que soplaba, todos le adoraban.

Y mientras miraba, mi alma reunía fortaleza en el éxtasis y mi cuerpo se estremecía, comprendió que por siempre era yo semejante a Él; que no había diferencia, que era yo parte de Él; no podía yo distinguir una diferente entidad; no podía yo disociarme del Eterno. Y al respirar el mismo aire que Él, comprendí y supe lo que significaba vivir en el Reino de la Felicidad, vivir y solazarse bajo la sombra del jardín; supe lo que significa mirar a las flores y a los demás pasajeros por el camino. Todo era parte de Él porque cuantos buscan, cuantos sufren, cuantos son dichosos son eternamente suyos; y estando en Él, yo comprendí. Y por esto, todos los que tenemos el intenso sentimiento de anhelar la Verdad, debemos entender que sin Él, sin la personificación de la Verdad, nada comprenderemos, que sin Él no venceremos el yo inferior; y así debemos tener a Él en el centro de nuestro ser, porque entonces podremos irradiar del centro como chispas que brotan de la hoguera.

Mientras estaba yo en aquel estado (nada extraordinario, nada anormal ni sobrenatural), mientras estaba en aquel supremo éxtasis noté que no había barreras entre el Reino de la Felicidad y yo; había yo descornado todos los velos que ocultan el Santo de los Santos; había entrado yo en el jardín y levantado los velos que ocultan, desfigurados y cubren aquella imagen, aquella perfección. Y si queréis seguir, comprendiendo que el seguimiento no significa ceguera, caminemos todos juntos y seamos todos campaneros. Yo os mostraré aquella hermosa Visión de aquel encantado jardín, aquel Reino de la Felicidad, aquella morada de lo Eterno, aquel templo donde está el Santo de los Santos. Pero debéis tener ojos para ver, debéis tener la mente bien cultivada, refinada y capaz de mucho juicio; el corazón ha de estar lleno de aquel vasto amor, de aquel impersonal amor que no conoce barreras ni distinciones ni prejuicios; y debéis tener fuerzas para trabajar, para subir o bajar; para escalar las tremendas alturas o caminar por los ardorosos valles; y debéis tener el alma preparada para la tentación, debéis tener muchos

terrores; no habéis de tener contento; y sobre todo debéis tener aquella grandeza resultante de dilatada experiencia para apreciar la belleza de la vida en aquel jardín. Y si me seguís a este jardín, si en este jardín buscáis la Verdad, hallaréis el dulcísimo, purísimo y nobilísimo néctar de los Dioses. Esta es la única Verdad, el único altar en que debéis adorar; y en esto se resume toda la cuestión.

La sencillísima Verdad sólo puede alcanzarse después del éxtasis de amor, por inmensa devoción, y hallaréis en ella el único refugio donde guareceros de los días lluviosos y cálidos, de todas las luchas, aflicciones y dolores. Y una vez la hayáis hallado, ya no será cuestión de dudar ni de vacilar, porque entonces seréis el Maestro, seréis entonces el ideal de millares de gentes, el auxiliador de gran número, el indicador de los que andan a tientas, de los que no ven o están todavía luchando en las tinieblas. Y cuando podamos caminar juntos por el sendero de eterna paz que conduce al Reino de la Felicidad, ya no será posible la separación ni el aislamiento ni dudas sobre el logro de la perfección, de la iluminación, porque entonces seréis la encarnación de todas las cosas que busca cada uno de vosotros. Y cuando caminéis por aquel sendero y os solacéis en aquel eterno jardín, cuando podáis guareceros del sol bajo la sombra, entonces seremos todos amigos, entonces seremos todos eternos compañeros, entonces todos crearemos a imagen de Quien es el Santo de los Santos. Y una vez hayáis bebido este néctar, este elixir de vida, os mantendrá eternamente jóvenes; y aunque podáis haber tenido dilatadas experiencias y derramado abundantes lágrimas y sufrido intensamente, está en vuestro interior el manantial que os mantiene en eterna plenitud, eternamente jóvenes y jubilosos como rutilante estrella en tenebrosa noche; porque lo conocéis todo y está aniquilado el yo, el destructor y pervertidor de la Verdad.

Y así debéis todos, si queréis seguirme, caminar hacia aquella puerta que os separa del eterno jardín, y allí encontraréis muchas llaves, y cada uno de vosotros podrá tomar una llave y entrar. Pero antes de entrar en este Reino de la Felicidad debéis sentir inmenso deleite, inmenso placer; y después comprenderéis que sois el Maestro y que ha cesado de girar la rueda de nacimientos y muertes. Hallaréis allí el Eterno Refugio, la Eterna Verdad; y allí perderéis la identidad de vuestro separado yo; crearéis nuevos mundos, nuevos reinos, nuevas moradas para otros.

ÍNDICE

	Prefacio	7
I	La voz de la intuición	11
II	Interés y entusiasmo	17
III	Personalidad	25
IV	El templo del corazón	29
V	El río y el océano	35
VI	El valor de la experiencia	41
VII	En compañía de grandes hombres	47
VIII	La mente, el creador	55
IX	El altar del mundo	61
X	Sacrificio en el altar	69
XI	El jardín encantado	77
XII	El eterno compañero	85

Contraportada

“...Yo puedo exponeros mi ideal de la Verdad, del paz perfecta y amorosa ternura, pero debéis esforzaros en alcanzarla por vosotros mismos. Puedo exponeros los principios de la verdad, pero vosotros, por medio de vuestra propia Voz, y obedientes a esa Voz, debéis desarrollar vuestra Intuición, vuestras propias ideas, y así alcanzaréis la meta donde todos nos hemos de encontrar.

Esto es para mí lo más importante en la vida. No quiero obedecer a nadie, sea quien sea, mientras no esté yo convencido de que tiene razón. No quiero tener creencias a las que no pueda responder ni darles mi alma, mi corazón, y todo mi ser. Debéis escuchar vuestra Voz, cultivar la Intuición, y descubriréis nuevas sendas de vida, en lugar de ir a la aventura por senderos ajenos...”